

LO QUE NO ME ATREVO A CONTARTE POR TELÉFONO...
Y MUCHO MENOS POR WASSAP



A Ra, cuyo mes también fue una película...

y se refugió en la lectura,

y a Nan, porque “Este año, ES nuestro año”.

Si busco, encuentro

ææææ

Un ruido ensordecedor que tranquiliza,
las piedras fluyen, y el agua se amontona...
¿O era a la inversa?, quizá.
Qué corre y qué está quieto,
Quién avanza y quién permanece... ¿o retrocede?
Qué vive y quién muere,
Quien azota o el que acaricia,
o son acaso el azotado y el acariciado...
a veces, todos, otras, ninguno.
¿Y tú?
¿Enseñas o aprendes?
¿Ganas o pierdes?... o las pierdes,
las ganas.
¿Observas?, ¿vigilas?, ¿controlas?, ¿contemplas?
Piensas, reflexionas, manipulas, planeas...
¿sueñas?
Iguales y diferentes,
pero siempre en equilibrio,
sólo te pediré que lo intentes...
una vez.

Svenja De Dia

Prtzzz! Pues vaya mariconada campestre, diría papá.

Ya, esta primera cara fue idea de John, aunque supongo que él mismo será, también el primero, que se sorprenda... de mi atrevimiento, y más con un padre filólogo, -puede que hasta se arrepienta de haberme animado a hacerlo... ¡era broma!, dirá-, de mi valentía, incluso (si me quiero pintar de heroína... y puede que hasta lo sea... porque burra sí soy un rato), pero, sobre todo, de mi poca vergüenza –aunque me conozca... esto es demasiado-, al usar mi primer tanteo con la poesía como primera página.

Pero, como aún me queda un poqui(ti)to de vergüenza, seguiré en prosa, que, aunque tampoco sea digna de la primogénita de un literato, la practiqué algo más. Y te contaré lo que no me atrevo a contarte por teléfono, y mucho menos por *wassap*, como me gusta contarle las cosas a la Pepita, con la calma.

Agora, es el momento

Buenos días, pequeña hermana mayor. Hoy es

miércoles, hace exactamente una semana que aterricé aquí, en mi nueva casa verde (y azul y negra) que es Tenerife, y una semana que no hice sino descubrir. Descubrir texturas, personalidades, sonidos, rincones... y el lugar donde todo ello se junta, y donde está todo a oscuras pero se ve un conejillo, ese lugar tan cálido donde hace tanto frío.

Debí haber empezado a contarte hace unos días, cuando los acontecimientos se sucedían en armonía, como las cuentas de uno de esos “rosarios sin cruz” en manos de los yoguis. Y de hecho lo pensé, muchas veces pensé en esos días en empezar esta u otra de las miles de libretas que, haciendo caso a Ana (como siempre), tuve que acabar facturando... Sí, es una buena forma de empezar (como siempre también), por el aeropuerto, espera, que para variar, voy a empezar veinte minutos antes.

La cosa no pintaba demasiado bien, el taxi me cabrea (como me conoces no hace falta que te diga por qué, por

cualquier cosa, por todas y por ninguna) y, aunque me joda pagarle treinta euros a este señor impertinente por llevarme a coger un vuelo de treinta y dos, algo me dice que hoy (y esto sí que es variar) no debo ir con prisas... y por supuesto no puedo perder este vuelo (que aún considero de negocios y no de placer). Así pues, a regañadientes (lo que me recuerda que tengo que ir al dentista), llego en taxi a la T1. Mi maleta “gandá quality” de Varanasi es justo lo que yo pedí: de mala calidad, y ya se rompió el mango hace tiempo... pero *aún vale*, y me empeño en enseñarle un sitio más antes de dejarla descansar en paz. *Y así me va....así me va* –eso para Seven, si se lo lee.

Con mi abrigo favorito (el menos favorito de mamá), mi inseparable petate, y todos mis *apichusques* colocados sobre mí de tal manera que no se note mucho que en realidad solo intento transportar cuanto más, mejor, me adeeeeeenntro (muy despacio) en la terminal. Como voy *a pulso* pienso en coger un carrito (ya se sabe con las distancias en los aeropuertos, o mejor dicho, nunca se sabe), así que les encomiendo, a unos de los muchos pernoctas del aeropuerto, la vigilancia de mi maleta mientras lo recojo. Los encuentro algo más allá (y yo que sé cuánto, esta vez me parecieron 50m, después, con maleta, 1km) y me doy cuenta de que eso no es todo, ahora necesito un *token* (que vale un euro –sin retorno– y que a saber dónde está la expendedora de *tokens*, seguro que más allá de mi mostrador de check in). Así que vuelvo, agradezco su ayuda a los pernoctas y continúo

reptando hacia la zona del check in con mis, cuando llegue lo descubriré, 38 kilazos a cuestas.

Al llegar...

- Su DNI, señorita, y la maleta a la cinta, la de mano también.

Oh oh..., mal rollo... ¡la de mano nunca se pesa! ¡Y mucho menos si es una mochi! Pues sí, con Norgweian se pesa, y además, no perdonan. Pues allá vamos... primero la de facturar... jaaaaarriba! 23 kilitos (justo lo que te suelen dejar) pues eso, suelen, porque aquí son 20, y me paso.

Julia, sí Julia pero no yo, la otra que tiene más mala folla aún, la señorita del check in, se regocija (como los del escáner cuando tienen –o no, y se la inventan- una excusa para hacerte sacarlo todo). Esta gente de los aeropuertos debería viajar más (por decir un verbo apto para el horario infantil), para no tener tan mala leche con los demás viajeros. En fin, hallábase pues cada Julia en su tesitura, la una, de regocijo, la otra, de acongojo, o acojono (según el horario) (me encanta este idioma), cuando llegole el momento a la otra maleta, la de mano...al petate...y... jaaaa-bajo (esta vez)! Perfecto, 15 kilitos, no está mal. Esperaba más, así que me crezco.

- La de mano son 10 kilos máximo –se re-regocija Julia (y se re-acongoja la otra Julia) –Te has pasado, tienes que facturarla.

Guerra de Julias, mal rollo.

- Porque tú lo digas, me lo pongo –contra ataco.

- ¡¿SIETE KILOS?! No te van a dejar embarcar, tú verás.
- ¿Cómo que no? ¿Y eso por qué?
- Pues porque... ¡¡¡pretendes colocarte siete kilos de ropa encima!!! ¡Y vas a Canarias!
- Es mi ropa y vengo preparada para esto –cierto es, voy quasidesnuda...— así que, por favor, déjame tiempo que yo lo resuelvo...

Bueno, igual fue algo más brusco pero como la que lo cuenta soy yo y no ella, así quedará para la posteridad.

Y, dicho esto, me hago a un lado y abro la primera maleta, la gorda, saco la chupa y unos pantalones y...20.9, ¿me dejará?, mira que es una Julia... bueno, esperemos. Ahora la otra, la “de mano”... A ver, Julia (yo) seamos realistas: para sacar dos kilos de la otra hemos tenido que aumentar nuestra temperatura corporal en mínimo 2°C... si por cada kilo que saquemos de ésta, seguimos aumentando en 1 °C nuestra temperatura y en un cm³ nuestro volumen, cuando vaya de nuevo a ver a Julia (la simpática), ni siquiera me va a reconocer, con mi metro ochenta de envergadura, todo el pelo pegadito por el sudor, y con un culazo de brasileira (por lo menos, ¡que son siete kilos!) que jamás tendré (probablemente relleno de calcetines). Y, lo que es peor, seguro, pero seguro, que no me dejan pasar por la puerta de

embarque (y puede que ni quepa por la del avión), así que déjate de líos.

- Perdona, ¿cuánto cuesta facturar una maleta? –le pregunto al compañero de Julia (evidentemente).
- Treinta y seis euros.
- ¡HALA! ¡El doble que facturarla previamente! -no, no me puedo estar *callaíca*.

Ea, pues parece que el vuelo *súper-barato*, entre lo del taxi y esto, ya no lo es tanto...pero bueno, TENEMOS QUE VOLAR.

Al final sólo fueron dieciocho, o sea, lo mismo que si lo hubiera hecho de antemano, así que el viaje sigue siendo, sino *súper*, sí *bastante-barato*. Y yo voy a lograr llegar a Tenerife con todo (lo que no es ropa ;))

Abro el ojete justo antes de aterrizar, es decir, justo a tiempo, y, aunque tengo un montón de sueño y los párpados luchan contra mi voluntad cual rebeldes-adolescentes-enamorados (o alguna, o ninguna o las tres a la vez) contra sus padres, por juntarse, Julia gana, y los consigo convencer de que se separen un momento y dejen a los ®j ®s hacer su labor...

Ahí está, Tenerife, una manchita verde en el inmenso océano (sí, Pandit, océano) azul, azul igual que el cielo, sí, pero diferente, aunque algunos piensen que *cuando se ha visto medio mundo sólo es eso, azul*.

Pero... ¡espera un momento!, se rompe el azul... hay una nube, una enorme nube blanca que se agarra muy fuerte (no imaginas cuánto hasta que te ves dentro de ella, como nos pasó a Ana, a Carlos y a mí este finde, y con Pandit el anterior) a algo... ¿Será?... Tiene que ser... ¡Sí! Ahí está, mi primera vez tan cerca de uno de esos poros de la *pachamama*: el Teide, el Gran Teide, con toooooodos sus casi 4000 metros. Otro intento de los elementos de fundirse en uno sólo... ¿Intento?

En fin, aterrizamos (que es lo suyo) y recogemos las maletas, aquí sí, con carrito (gratis, claro, si no de qué). Ya en el aeropuerto comenzamos nuestro, breve pero intenso, intensivo de alemán (que para eso hemos venido a Canarias, sí señor: *Ja, Mann*), pues descubrimos que todos los carteles del aeropuerto están, además, en *Deutsch*. Y nos dirigimos a la guagua, que aquí solo tiene un nombre y, aunque no te guste que lo diga, es la guagua ☺ y te gustará, ya verás. La guagua nos lleva al Puerto, uno de los rincones más bonitos de esta isla, aunque no *salga grande en el mapa* (lo que algunos consideran criterio más que suficiente para alquilar un coche y dirigirse sin demora a ese circulito de la esquina dividido por dos flechas que se cruzan en cuatro cuartos perfectos sólo porque *sale grande en el mapa*, hay que ser cara-moco).

Vale, antes de seguir, y sabiendo ahora la finalidad de todo esto, y que no lo leerás sólo tú (espero que por lo menos mamá también, porque si no me voy a ver en un apuro, igual me debería estar viendo ya, pero no), pediré perdón por ésta

y las probablemente sucesivas puyas incorporadas, normalmente entre paréntesis, porque me encantan, o entre comas, por el mismo motivo. Mi más sentido pésame a los aludidos, de verdad, lo hago sin ninguna maldad. Es que se me escapa la pasión por los dedos.

Aclarado esto, prosigo mi historia interminable personal (ya sé que la única que la hace interminable soy yo, con mis ,s y mis ()s). Al llegar al Puerto, tras un camino a veces precioso y otras no tanto pero de bonito no baja, la guagua nos deja en una calle (*Straße*, que esa os la sabéis las dos) en la que hay muchas paradas de autobús. Lo que significa que no sólo la Sepul nos hace dar vueltas a la estación buscando dónde estará el acceso esta vez (que al final lo han *dejao* genial, eso hay que reconocerlo, parece otra cosa. Pero han quitado el techo, en Segovia, eso no fue la idea del siglo), también a los de Titsa (que a Pandit le hace gracia porque es como tits ;)) les gusta jugar con los pasajeros de vez en cuando (si no que le pregunten a Carlos).

Desde la “Estación de guaguas Straße” hasta la pensión Rosa Mari, donde dormiremos hoy, pero no mañana, hay sólo tres calles cuesta abajo. Así que, pese a los 20°C mínimo de aquella mañana (te recuerdo que yo voy con mi abrigo de -20°C, y el petate en la espalda que también da calorcillo) y mi maleta sin mango, decidido intentarlo andando...

Me fatigo en 50 metros... y pido un taxi, hay demasiada gente en mi camino... ¡y todos me miran raro! ¡A mí!, ¡cuando estamos más en mi latitud que en la suya! (Y en el meridiano

de Greenwich, del que huí hace no tanto... en fin), luego comprobaré que sí, la rara aquí soy yo, al menos comparada con ellos, aunque no con muchos de los personajes de esta historia.

Como te dije, cojo un taxi, que, como siempre aquí, preguntará a otro taxista su opinión sobre la ruta, y puede que incluso a otro más después, o éste se meterá en la conversación directamente...bueno puede que todo esto de los taxistas no pase solo aquí. Y el taxi me deja otros 50 m más abajo, porque es prohibida hacia la pensión, así que le pago (por nada) y me bajo del taxi. Por rácana, por torpe o por un extraño motivo, el primer pie lo pongo en el asfalto de la calle San Felipe, y el segundo en el bordillo, y lo siguiente que casi pongo en el bordillo fueron los piños... Pero, gracias a Dios, este libro, aunque es para los dos (porque tú creo que me entenderás más -sí eso creo, y más después de lo que me contó Co-, y porque no es esto lo que no me atrevo a contártos), es más para mamá que para ti, papá, y no, no fueron los piños sino mi anillo nuevo, el que me compré hace menos de una semana en Gandía, paseando con Salva y sus chicas, en esa tienda tan chula de la que sacaré mil ideas. El anillo de caracola natural, en el que se ven todos sus recovecos, y en que el azul de la resina que cubre los huecos simula el agua, entrando, saliendo, o las dos. Y claro, me lo cargo.

Así que sí, interiormente, me cabreo con este taxista también, por varios motivos:

1. por haberme *clavao* (pero esto es inherente a los taxis y debería ser más estricta en cuanto a mi religión o más consecuente con mis decisiones, o las dos),
2. por no ayudarme ni a meter ni a sacar la maleta del maletero,
3. por ayudarme en la cuesta abajo y dejarme tirada en la *no cuesta* (una de las pocas en esta isla), y,
4. y especialmente, ¡porque me he caído! ¡y me he roto el anillo!

...bueeno vaaaale, lo digo, y...

5. porque llevo sólo un ratito en Canarias y estos *muyayos* aún me ponen algo nerviosa. ¡Ya no, eh! ¡De verdad!

Le pago, otra vez a regañadientes, me lo tengo que mirar, y cojo, con una mano, mi maleta del maletero, con la otra, me coloco el petate, y con la otra, que no sé de dónde la saco, el anillo y tooodos sus trocitos. Y me dirijo, aún envuelta en mi abrigo de inuit ;), a la pensión. Desde que se rompió el mango extensible es bastante difícil llevar la maleta, pero algo parece ir peor de lo normal. Miramos atrás... shit! Ahora hemos perdido una rueda, bueno no del todo, porque la vemos, pero ya no está unida a la maleta. Que le den. Y la cogemos a pulso de nuevo, ya estamos llegando a la pensión... (digo yo, porque google decía 500 metros o así, y entre el taxista y yo ya habremos recorrido unos 400). Sí, al fin la vemos, en frente de una tienda de antigüedades y una

farmacia, que casi nunca pillo abierta. *Tienes que hacer que suceda*, nos saluda el que será nuestro balcón esta noche, aunque otro extraño motivo me hizo que, hasta hoy, que comprobé el pie de foto de esa pintoresca imagen que yo patrociné aquella noche, sentada en mi balcón con los pies colgando, la frase que figuraba en esta página no fuera esa, sino otra, que creo que leí dentro, y antes: *Lo importante no es el destino, sino el camino.*

Dejamos los trastos, nos ponemos guapas, y nos vamos a buscar la Plaza del Charco, que no hay que ser muy listo para encontrarla. Una vez allí, y vista en directo mi futura farmacia, llamo a Tania, para decirle que estoy lista. Quedamos en media hora para tomar un café, justo en frente de la farmacia, y así lo hicimos. El café estaba rico, la temperatura era perfecta, ahora que me había quitado el abrigo, y Tania era muy simpática, tiene más o menos mi edad, y está deseando hacer cosas en su nueva farmacia, así que todo es perfecto, no sólo la temperatura. Y sigue siéndolo, aunque de otra manera.

All es klar. El viernes pasaré por allí a por unos folletillos para mirármelos el finde, y el lunes a las 9:00 empieza la movida. Nos despedimos y salimos cada una para su lado, yo a esperar a Lau y ella, a su farmacia. Justo antes, me mira bien y me pregunta:

- ¿Qué talla de uniforme tienes? ¿la XS? Estás muy delgadita...
- No, no que engaño, la S mínimo.

- Vale, bueno, pues ya vemos el lunes.

Y nos despedimos de verdad. Yo creo que le he caído bien, ahora solo tengo que ponerme las pilas con el alemán, pues, por lo que dice, el chico al que sustituiré es bilingüe, el tío. Casi como yo...

Hablo con Lau y quedamos en la Plaza del Charco en media hora (cosa que ya hicimos hace una), y me quedo paseando por los alrededores, por los que tanto pasearé (y me perderé), sin alejarme mucho. Vuelvo a la media hora y, por cortesía, me siento otra media en uno de los bancos que miran al Charco que da nombre a la plaza (aunque estos últimos días podría haber sido cualquiera, la plaza del charco, ¿eh, *chicos*?). La vista (y el Santo) *se me van del charco al cielo*, donde le veo a él, al parapentista que se camufla entre las verdes hojas de palmera y el cielo azul, del que te volveré a hablar. Y Lau sin venir... ¡qué tía!- pensé, y luego resultó que la tía era yo. La llamo y me sale en buzón, así que la dejo de llamar, y, en vez de seguir con mi santo en el cielo, me pongo a contar los minutos, muy mal. Al final, llama Lau:

- ¿Dónde estás, tía? –pregunto, por lo visto sin disimular el tono de reproche.
- ¿Tú?
- Pues en la Plaza del Charco, donde hemos quedado, ¿y tú?
- Yo también.

- ¿Dónde?, es imposible, no te veo, y tampoco es tan grande.
- A ver, no te enfades, yo estoy en lo que tú llamas la plaza del charco...
- No me enfado, Lau, -mientes, bellaca- no es que yo lo llame así, es que SE LLAMA así, pregunta a alguien, todo el mundo la conoce...
- Voy, espera.
- Perdone... ¿la Plaza de Charco, sabe usted? –oigo a Lau, obediente, a lo lejos (y tan lejos).
- No la conozco –responde, también a lo lejos, el primer viandante-.

La respuesta del segundo no me llega... pero vuelve la voz de Lau:

- Julia, ¿estás en Santa Cruz?
- No tía, en el Puerto de la Cruz.
- Me has dicho que estabas en Santa Cruz...
- ¿Yo? ¿En Santa Cruz? ¿Cuándo? ¿Cuándo te he dicho yo eso Lau? Estoy en el Puerto, aquí tenía la entrevista, aquí es el trabajo y aquí iba a venir desde el principito (eso no se lo dije,

estaba cabreada, aunque probablemente y como casi siempre, de nuevo, sin motivo).

- Esta mañana, cuando hablamos -media hora después de que lograra abrir los ojillos, *basically*- . Te he preguntado si estabas en Santa Cruz y me has dicho que sí...pero vamos que da igual...

Ea pues ya está, yo que sé, es que con Tanta Cruz a ver quién se entiende.

- Pues lo siento si te lo he dicho, me habré equivocado... pero vamos que estoy aquí, en La Plaza del Charco (que así se llama), en el Puerto de la Cruz.

Un rato más tarde, Lau llegó, alegre y pizpireta, a su segunda Plaza del Charco de aquel día. Me alegré mucho de verla, y, especialmente, de verla tan guapa, eso es que está bien, seguro. Nos abrazamos, nos besuqueamos y, en fin toda la parafernalia que solemos hacer las mujeres cuando llevamos tiempo sin vernos (o con muchas otras excusas), pero nosotras mucho más breve, porque ambas lo preferimos así. Aunque puede que el abrazo sea más largo, no sé. Y salimos a pasear.

Supongo que para enseñarle mi pensión, o porque era el único camino que conocía, de momento, y lo que vi en mi periplo por las cercanías de la plaza no me encantó, salimos de la plaza del charco en dirección noroeste, mas oeste que nor, como casi siempre (que rutinaria soy, hay que ver).

Caminando y caminando llegaremos a la casita verde, al mirador de la Cruz, a Playa Jardín (aunque aún no se haya presentado, así que no sabemos su nombre), al castillo, y a *la comunidad de piedras*, sin ni siquiera darnos cuenta. Hablamos, a ratos más y a ratos menos, a ratos de mí, a ratos de ella, a ratos de ninguna y a ratos de las dos, a ratos estamos de acuerdo y otros ratos, no.

Después, Lau se va, y yo, me quedo. Y, cuando digo después es eso: después, ¿y después de qué?, dirás tú. Pues después de una historia quasi mágica, por lo menos para mí y, claro, por un extraño motivo ;)

Antes de ese después, cuando aún seguíamos juntas, a Lau le apeteció tomar una birrita, y a mí no me importaba tomarme un *aquarade*, que es lo que me dan aquí cuando pido un *aquarius*, y mi nueva bebida favorita desde que me volví abstemia. Así que buscamos una terracita donde acoplarnos. Pero, como no todos somos iguales y lo que a unos les parece que no entra en ninguna cabeza es justo lo que más dentro está de otras, no encontramos la adecuada, ¡y mira que dimos vueltas!

Y entonces me acordé, me acordé de la placita irregular, en la que las presumidas palmeras desfilan con sus últimos modelos de patchwork, haciendo que hasta el suelo se levante a mirarlas, y del café de la esquina, donde esta mañana estuve a punto de parar...pero no lo hice.

- Ya verás, te voy a llevar a un sitio chulísimo...

Y la llevé... Y le encantó, y es que Agora, tiene encanto (como yo *fantasía* según meinen *Deutsch* freunden, ¿a qué es una bonita forma de llamar a nuestra *imaginación*?). Lo tiene en cada rincón... desde el lugar, la placita, hasta la música, tranquila, de piano, ¿o de arpa?, ¿o de viento? (no sé, nunca daba una cuando *la Marisa* me preguntaba... igual que cuando me hacía tocar la flauta... ahora soy algo mejor, pero de memoria y con Keith contándome cosas importantes - sobre cómo sacar esta tontería a la luz-, es difícil), pasando por el interior, su majestuosa lámpara que refleja todos los colores (y que pienso copiar... bueno, inspirarme en ella para la mía ;)), los cuadros de María (... ¿era María?), decorados con texturas y reflejos... (esos no los copiaré, volveré a por uno en cuanto tenga un *sueldo digno*... y a por el vestido de Alejandra... y los pendientes para la abuela... y a cenar en El Maná, y a comer donde Don Camilo... y a los cursos de la Ranilla... (a todos, desde el de cristal, que es el que yo quería desde la *Era de Aldershot*... que no ha llovido *ni ná*, sobre todo allí..., hasta el de sombreritos de lana... que se me ocurrió cuando los vi, y que ¿por qué no?) ¡Hay que ver! Cuántos planes en tan poco espacio (-tiempo), aún hoy me cuesta creer que no fuera este mi destino... o al menos no de momento... Ju, ¿qué fue de tu ascetismo?)

Pues eso, el encanto de Agora, su gracia quizá, esa palabra tan difícil de traducir... que llega a todos los rincones... ¿a todos? ¡Venga ya, exageras! Pues no, no exagero, porque mi encantamiento de aquel día, y el que me siguió (y me seguiría, si no hubiera un ferry y unas cuantas

guaguas de por medio) trayendo allí, cada miércoles, estaba en, probablemente, uno de los rincones menos acogedores no solo de un bar sino de cualquier sitio, el baño (o aseo para los finolis). Como todos, aproveché que nos habíamos sentado en un bar para ir al baño, y fui, y me bajé los pantalones, y me senté (porque yo me siento, total, ¿qué puede pasar?). Y, precisamente porque me siento, hasta para hacer pis, y me tomo mi tiempo (porque no tengo que estar pendiente de dónde va el chorrito... (que sois las que no os sentáis las que más lo mancháis, y que conste que no es un reproche, sino hecho a tener en cuenta), ni mear mirando al suelo, que casi nunca está limpio), por eso, y porque después me lavo las manos, y ahí también te da tiempo a leer, si no te estás mirando al espejo... , en realidad más cuando te las secas, si es de esos de aire que no secan nada... ¡El Hola, deberían dejar allí!, si no hay carteles ni nada que leer... Pero en Agora sí los había, por lo menos uno... justo el que yo quería, el que leí mientras hacía pis sentada, precisamente por eso...

TANDEM DE IDIOMAS:

DEUTSCH,

ENGLISH ,

ESPAÑOL,

...

Todos los miércoles en Agora...

¡¡¡VEN!!!



Y se me escapó una sonrisa, claro. Me lavé las manos (ya me podía mirar al espejo), y salí *precipitosamente* (con estrépito, además de con prisa)...

- Hoy es miércoles...
- Si...
- Y esto es Agora...
- Si...
- Y... ¿dónde está la gente?
- ¿Qué gente? —pregunta Giovanni, estupefacto, desde el otro lado de la barra, desde debajo de la lámpara bonita, como mi isla—.
- La gente, die leute, the people... ¡para hablar alemán!
- Ah eso, sí, más tarde, sobre las siete o así empiezan a venir...
- ¡Qué bien! entonces luego vuelvo, hasta mejor incluso... —que ahora estamos de reencuentro.

Y salgo a contárselo a Lau...

- ¡Qué suerte Lau! No me lo creo, yo que solo necesitaba un alemán... y voy a tener un montón 😊

- ¡Qué bien! Me alegra por ti...

Y le expliqué lo de que tenía que volver a las siete...

- Pues te deberías abrigar... aquí refresca, es como La Granja en verano... de día... pero también de noche.
- Bueno, pues vamos a la pensión y así te la enseño, de paso, ¿te parece?

Le parece, y vamos para allá... y nos encontramos las plumas de mi silencioso pajarito...

Después de abrigarme y descansar un poquito, vemos que son casi las siete... así que salimos de nuevo (¡me encanta!). En Agora conocemos a Sylvia, la profe de alemán a la que tan poco le gusta enseñarnos, Laura, la farmacéutica que, igual que yo lo hablo todo con acento español, ella lo hace con acento alemán, es muy gracioso, ambas se sorprenden de mi valentía... y yo, les doy las gracias.

- Digo valiente por decir en tu currículum que sabes alemán – responden *al cánón* (mira *la Marisa*, como dejó huella), que no al unísono.

¿¿¿Cómo??? Sé 500 eurazos de alemán, y eso... ¡se pone en el currículum!, lo mismo me habría gustado decirle a alguna más... pero me callé (y me callo, y me seguiré callando), y me reí (y me río, y, Lau, me seguiré riendo, promise), que es la

mejor salida. He de reconocer que, en ese mismo instante, con aquella pregunta *al cánón*, se me apagó un poco la risa... pero pronto volverá. Bueno, al final no te acabé de contar a quién más conocí en Agora... fueron varios: Griselle, el otro chico que siempre me pregunta por Lau, y... Peter, estaba claro que tenía que ser un Peter... no sabemos siquiera si fue Peter Griffin, Peter Pan, o (este lo dudo más), Peter Parker, pues nunca le pregunté su apellido, pero lo que está claro es que es Peter, y es irónico que *ni Peter quiera vivir conmigo* después de todo... Pero quiso, y eso es lo importante ahora, y fui yo la que no quería...

- Do you need a room? –se mete en mi conversación con Sylvia y Laura–.
 - I'm not staying in your house, if that is what you mean, I just met you...
- Sylvia, observaba la situación, entre divertida y asombrada...
- Well, you could see it... it's in the Plaza del Charco...
 - Sorry, where? –lo había entendido perfectamente, pero quise volver a oírlo–.
 - In Plaza del Charco, very nearby, I can show you now if you want...

- I know where it is, my job is just there, it could be an option...
Can we meet tomorrow morning? Early, around nine or nine thirty...
- Why don't we go now? Then you can decide and move in tomorrow...

¡Pero bueno! Qué prisas este Peter (ya descubriremos que para todo, para meterme, pero también para sacarme...), venga va, vamos. Dos días después, y así hasta hoy, me quejaré de lo tranquilamente que se toma la gente aquí lo de los pisos, ¡aquellos fue eficacia!

Deep Peace

E

I jueves sería un gran día, un día de profunda paz... y felicidad. Pero yo aún no lo sabía.

Al despertar en la pensión Rosa Mari sólo me asalta una duda: ¿tendré el desayuno incluido? Creí recordar que sí, but I couldn't find the place where it was said. Perdona pero es que me está hablando Peter (el que no se hace el sueco porque lo es) y se me ha ido la olla. El caso, que no había desayuno incluido, pero no importa, he de mudarme, y sé dónde desayunar, así que... ja empaquetarlo todo de nuevo! (sí, me instalo rápido)

Con más bolsas extra que maletas, repto hasta la Plaza del Charco. La Plaza del Charco es, como ves, sino el centro neurálgico del Puerto, al menos sí el de "mi Puerto". Aquí está la farmacia, justo al lado de las tartas que dan vueltas (a las que John no puede mirar...y yo tampoco). En realidad hoy me di cuenta de que lo que hay justo al lado de las tartas son las baguettes que le gustan a Jessica, y creo que luego hay otra cosa y luego ya la farmacia, pero bueno, eso me ayuda a explicarte lo que quería, que es que la Plaza del Charco nunca

es lo mismo. Los lunes no son como los miércoles, y mucho menos como el finde. Y la plaza no es lo mismo a las 9 de la mañana que a las 12 del mediodía, y mucho menos que a las 12 de la noche. Y de esto me daré cuenta con los días (y las noches) que pasaré VIVIENDO justo aquí, en un balcón verde desde el que veo: a un lado, casi la playa, al otro, la montaña con sus palmeras, y al otro, es decir justo en frente:

æ æ æ
encuentro

De hecho, no me había dado cuenta de este gigantesco detalle hasta hace un par de días, cuando te envié la foto. Pero me di cuenta, como me pasó con otras tantas señales (o casualidades, según cómo veas el vaso), ahora lo importante es cómo reaccionar ante cada una de ellas...ese será nuestro aprendizaje.

Peter me recibe, como me recibirá cada día, sonriente pero preocupado, así que dejamos que sea él quien decida cómo se llevará a cabo mi *entrada en la casa* donde hasta hoy viven solo él y su chica, Jessica. Finalmente entro, conozco a Jessica y, puesto que la mayoría de las mujeres sí nos damos cuenta de ciertas cosas que algunos hombres no, tras hacer mi segundo viaje y, teóricamente (te juro que no lo entiendo), romper la maleta de Peter (también), decidido que puede ser una buena idea ir con Jessica a la playa en vez de sola. Luckily a ella también le parece una buena idea y partimos, no sin antes cambiar mis botines peninsulares por unas buenas cholas, mucho más apropiadas para el invierno tenerfeño. No tardaremos en descalzarnos... (¡Te dije que sería un gran día!)

Caminando por el recorrido diario, pasando por la placita de Agora y la casa verde, después, el pequeño mirador con la cruz, y el campo de fútbol... y, por fin, el castillo. Le pregunto a Jessica si ya había estado allí, en función de su respuesta, seguirá la siguiente pregunta...y nuestro camino.

- No, nunca.

Así que será bastante sorprendente para ella, tengo que distraer su atención para llegar *ahí* sin que se dé cuenta...

Y así lo hicimos, y le encantó.

Nos sentamos un rato, a charlar, y a mirar el mar. Cuando quiso marcharse y yo aún no (pues no conocía, ni conozco todavía, un lugar mejor (probablemente por lo que pasará en un ratito)), le dejé mis llaves, ya que, como yo cuando me llevé a Peter al Flea Market (al rastro), al ir con su housemate, no se preocupó de cogerlas, y yo me quedé allí, sola con el mar... ¡con el océano!

Estaba prevista esta soledad, así que, como me traje las cuentas y el resto de *apichusques*, me dispongo a ello. Los alicates, las plumas, las cuentas, el alambre... ¿y el cortaúñas? Shit! forgot that! Sin el cortaúñas (que me acabo de enterar que lleva tilde, perdona papá) no hay mucho que hacer, lo necesito para cortar el alambrujo... ¡ea! Pues a guardar todo otra vez. Y entonces, ¿qué hago? me voy a aburrir...

Y de pronto me acuerdo, me acuerdo de ayer, cuando estuve aquí con Lau, y dijo:

- Un día limpiaremos todo esto.

Hoy es un día, ¿no?, un buen día te dije. Así que resultó que *Un buen día limpiamos todo esto*, well, not todo, but a bit. A bit that filled up a whole saco de los que usan los panaderos que, por supuesto (o por su peste), formaba parte de toda esa shit.

Los señores de al lado, una de las tantas parejas que se han sentado allí, nos “dan la enhorabuena por nuestro trabajo” y nos recomiendan no caminar descalzas entre las piedras.

- Yes, thank you for the advice but it's OK like this.

No, en Tenerife no se oye demasiado el acento canario, por lo menos no en el Puerto.

También vemos que otro “señor” nos mira a lo lejos, algo más adelante en esa espiga de piedra que hace las veces de mirador, especialmente al atardecer, pero también de “paseíllo” marítimo (itotal!). Nos mira pero no dice nada. Algo nos dice que deberíamos hablar con él, acercarnos a conocerle, pero, pese a llegar a estar tan cerca de él como para oírnos, ninguno lo hicimos, pues ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Mi saco se iba llenando, y, con él, yo me iba llenando también. Como siempre que recogemos/ordenamos/hacemos limpieza o como lo quieras llamar, de repente, hasta lo más chiquito, eso que nunca estorbó, o esa mancha que es en realidad solo una motita, nos da rabia, y queremos dejarlo todo re-limpio, re-ordenadito y re-lindo (para vos, Mariana), así me pasó a mí

aquella mañana. Lo que empezó siendo una bolsa de plástico con cuatro botellas y dos chanclas (que no hacen pareja, of course), acabó siendo un saco de panadero donde metía todas y cada una de las colillas que encontraba y, no es por presumir, pero quedó relindo de verdad. Así que, tras un último vistazo, agarramos nuestros bártulos (y el saco) y partimos hacia el container, no sin despedirnos de la “parejita”:

- Enjoy! And you take care of it now ;)
- We will! -respondieron los jovenzuelos de setenta y pico- Bye!

Bajando la rampa hacia la playa está el contenedor, así que, ¿por qué no? Nos sentaremos un rato en la arena negra después de botar o *lixo* (y lavarnos las manos).

Extendemos nuestra sábana india (que llevaba desde que vino lo Pandit en el armario y no te imaginas lo útil que es para la playa, ¡y lo bien que queda con la arena negra!, parece hecha para ella, en ninguna otra playa quedaría tan cool como akí ;)) y, casi no nos hemos ni sentado, cuando aparece un desconocido:

- ¿Hablas español?-pregunta-.
- Sí, claro.
- ¿Te apetece un café?- nos dice ese “señor” que antes nos miró desde más allá de la espiga, ofreciéndonos un vasito de papel.
- Claro, ¡gracias!

- Esto también es para ti- añade tendiéndome un sobre cerrado (¡triplazo!), y se va-.

Yo me quedé ahí, sentada, con el sobre en una mano y el café en la otra, un segundo, dos... dejé el café en el suelo y salí corriendo, con el sobre aún en la mano.

- ¡Espera! Si no te vas a quedar al menos dime tu nombre...
- Soy John, tengo que irme ahora, pero estoy libre en media hora, puedo volver.
- ¡Claro! Vuelve, yo voy a estar aquí un rato largo aún.

Y en eso quedamos.

John, que me trajo justo lo que yo quería, lo que, entre unas cosas y otras (Jessica me había hecho el desayuno en casa, y me había ofrecido *todas sus cosas from the fridge*), aún no me había tomado hoy, el café. ¡Ah, sí! Y el sobre, como te decía, cerrado. Pero cerrado a la antigua, con lengua, ¡y yo sin cortaúñas!

Cuando logro abrirlo, intentando no romperlo demasiado, saco la tarjeta, a juego con el sobre, y leo. Se me saltan las lágrimas (a veces parezco tú). Solo pone una palabra, en grande, en diagonal, de una esquinita a otra, dejando los dibujos por encima y por debajo de ella, una palabra a gritos, con 3 exclamaciones detrás (y en mayúsculas): GRACIAS!!! Ya está, nada más.

John volvió, como había prometido, media hora más tarde o no sé, porque, hasta hoy no he tenido reloj, y hoy lo tengo porque es verde y valía 4€ en el rastro, que si no, aunque yo soy “una tía de reloj”, creo que aquí, y visto lo visto, podría vivir sin él. El caso es que con John el tiempo simplemente pasa, y yo me siento bastante agustín (con minúscula) y los dos hablamos (en castellano, en inglés o en *Deutsch*, de hecho estoy recordando que, en realidad, cuando John se me acercó preguntando si hablaba español, mi respuesta fue: -¿y tú alemán? (Jj es lo que hay), y fue él quien dijo: -Sí, claro), y planeamos (de sobrevolar, no de expectativas, que no son buenas), y descubrimos que somos más parecidos de lo que pensábamos... well, de hecho John es, como el café de antes, justo lo que yo quería.

A ver, no me malinterpretes, lo que pasa es que John hace muchas cosas, sobre todo “cosas de casas”... y también es jardinero.

- Entonces... ¿sabes algo de casas en árboles?
- ¡Claro!, yo he hecho casas de árbol.
- ¿En serio? ¡Dame un abrazo!

Y así empezaron los abrazacos entre nosotros, que siguen a día de anteayer). Y seguimos hablando y hablando, y hablando, y soñando, y planeando, y viajando. Y nos entró el hambre, porque, aunque sigo sin saber la hora, al estómago no hay quien lo engañe. Y fuimos a comer.

- Este sitio no está mal...

El Noa Noa, nada más cruzar ese cruce tan gracioso que, como el que hay algo más arriba de casa, demuestra lo *Deutsch* que es el Puerto. Dos rayas blancas componen el paso de cebra, quizás tres, pero si son tres son rayas tamaño XS... porque de las normales no caben, eso seguro. Pues eso, esas dos o tres rayas te separan de la acera de enfrente, amiga mía (no he dicho que sea una metáfora). Peeero hay un semáforo, un dichoso *txofi light* que te dice cuándo puedes pasar...pero también cuándo NO. Y son solo 2 metros de asfalto, quizá menos, y, a los lados, 20 cm de acera, y se montan unos *kilombos* en esos 2 m² solo por culpa del dichoso *txofi light*, Y de la cuadriculada mente alemana, llena de normas incluso para hablar... (perdón, leute) Pero, iea! Donde fueres haz lo que vieres, dijo un sabio, probablemente Anónimo (que fue el que más cosas dijo), y yo le hago caso a Anónimo porque es un tío humilde, que por no echarse flores, se puso ese pseudónimo tan feo, tan soso y sin apellido. Así pues, especialmente después de la “pequeña bronca” de Lau ayer, y haciendo caso a estos dos grandes consejeros, me uno al *kilombo* desde este día en adelante... y a día de hoy, en bici ;P

Nada más cruzar, tras esos 20 cm (no llega) de acera que te dije, te encuentras, sin querer, en la terraza del Noa Noa. Y si tienes suerte, o más bien si es después de las 8, tienes musiquita en directo para cenar, si te sientas (como mañana haremos Dave y yo), o durante los próximos 10 metros de tu paseo por la calle Mequínez, la calle de la casita verde, del Art&Co, de la frutería de Juan Carlos y de la casa de Rubén *el de los Perejiles*, la calle que lleva a la placita de Ágora, con sus presumidas palmeras vestidas de ganchillo, y sus músicos: la flautista, la chica de la guitarra... y los que quedan por tocar, o habrán tocado antes allí. Seguro que se podría hacer un

festival de un fin de semana entero, ¡o incluso de una semana entera! con todos los que tocaron en esta plaza... Y seguro que sería un festival bastante guay.

Well, allí comimos. Pedro nos preparó unas *papas locas* y nos recomendó el bocadillo de carne *meyada* ;) en vez del de lomo. Y le hicimos caso, que para eso es su bar. Y seguimos charlando, escuchando cada uno las ideas del otro (esas que algunos llamáis locuras) y buscando juntos nuevas ideas. Pagamos (menos mal, porque he visto a Pedro casi todos los días desde entonces) y nous marchons (:*)

- Te quiero enseñar mi casa verde... -que en inglés es “green house” =invernadero, así que normal que me miraran raro todos mis coleguis no castellano-parlantes cuando les hablaba de ella)-
- Vale, vamos.
- Pero, primero... ¿has subido a ese mirador de la cruz?
- ¿A cuál? ¿A ese? –sí, al que está justo al otro lado del dichoso paso de cebra – No, nunca.
- Entonces vamos ahí primero.

Y fuimos, y le gustó, y nos sentamos y seguimos hablando (¿ves como aquí es mejor vivir sin reloj?)... hasta que decidimos seguir el paseo... y pasamos por la casa verde, y por Agora, y por la placita de las palmeras presumidas (que también le gustaron). Y luego debimos ir por detrás, por otro de los “paseíllos marítimos”, que en este caso es más paseíllo que espiga, por dos motivos: 1. Porque va paralelo al mar, y no perpendicular, y 2. Porque te la juegas. Es divertido mirar

cómo los turistas se empapan a capricho del Atlántico... incluso es divertido caminar por ahí, con zapatillas y ropa que se seque rápido, y dejar que sea ÉL quien decida si "hoy toca pelo".

Allí nos sentamos otro rato (en el huequillo seco), y creo que ya no hace falta que te diga a qué.

John me habló de él, de su madre, Elena, que vive aquí, de su novia, que no vive aquí, y de Meggie, la mujer para quien trabaja. Meggie es una mujer *taaan taaaan buena*, dice John, y nosotros lo veremos en un par de días. Trabaja con enfermos de Alzheimer, y colabora con un centro de acogida de niños huérfanos...además de alimentar a todos los gatos que caigan en su radio de acción, que abarca media isla. Y necesita ayuda con esos enfermos, que, además, ¡son alemanes!

- ¡Yo lo hago! -le digo a John entusiasmada- ya veré como lo compagino con lo de la farmacia. Tengo que conocerla y hablar con ella, claro, she might not like me, or she might need a different profile...
- Aún no sabemos nada Julia, tranquila, PACIENCIA (la virtud más necesaria en esta nuestra nueva isla)
- ¡Pero John! ¡Es que sería perfecto! Me enseñarían tanto de todo... de su enfermedad, de alemán... pero también del mundo, de la historia, de sus historias, de la vida, ¡de sus vidas!
- Sí, sí, vamos a hablar con ella y seguro que podéis hacer algo juntas. ¡SEGURO!

Seguimos sin reloj, pero el cielo, como el estómago, tampoco es bobo, y Orión, Abdemarán, las Pléyades y compañía nos saludan desde lejos. John tiene que partir, se hace tarde y Elena le espera en casa. Así que nos despedimos con un abrazo (te lo dije), no sin antes darnos el email (ime gusta este tipo! ☺), y cada uno para su lado.

Hay algo que quiero hacer desde que llegué (ya, llegué ayer, pero he pasado muchas veces por la Plaza del Charco desde entonces, y aún sólo te describí uno de sus lados, el de la farmacia, las tartas mareadas y las baguettes). En frente justo de la farmacia hay una cafetería, la cafetería donde me tomé el café con Tania el primer día, o sea ayer, la cafetería donde lo del trabajo quedó *confirmado* y *zanjado*, y donde creo que no volveré a confirmar y/o zanjar nada, por lo menos de momento. Esta cafetería está en lo que es el cuadrado central de la plaza, tres escalones por encima del nivel de la farmacia y del resto de cosas “a nivel del mar”, y es en este cuadrado central, en su centro, de hecho, donde está El Charco, El Charco del Puerto, no el de Santa Cruz. Y justo al otro lado del charco, en la esquina de la plaza justo opuesta a la de la farmacia (donde tendrías que meter la negra si hubieras metido la última de las tuyas en la farmacia), ahí, en ese metrillo cuadrado, se encontraba mi tentación (hasta ese momento (algo más de 24 horas de tentación)), y el curro de Yerco (después).

Y es que sí, es posible vender, si no crepes, al menos sí gofres, a 2€, y también hamburguesas y perritos (raquíticos, que son los perritos canarios)... aunque, en este caso al menos, para que eso sea posible, Yerco se pasa 6 horas al día en 1 m² preparando perritos y burguers a 1000 por hora, y

sirviéndolos en servilletas, nada de platos. Y sí, Álvaro tenía razón, tú eliges, si pones tu producto barato, trabajarás un montón, sin embargo, si subes el precio, tu beneficio es mayor y, encima, menos gente viene, con lo cual el sueldo es el mismo, y el curro, mucho menos... Pero también más aburrido, ¿no? No sé, es un reflexión, ahí queda.

El caso es que yo me comí mi tentación o sea, mi *waffle* (porque NO son gofres) de chocolate, y, como yo no tenía prisa, ni Yerco clientes, me quedé comiéndolo allí y hablando con él. Es un buen tipo, Yerco, me ayuda, me escucha, me cuenta cosas de la farmacia (que luego yo leuento a mamá) y me lleva a sitios mágicos, o guays para los no creyentes (en la magia), o sea, una vez más y sin que aún yo lo supiera, lo que yo quería...

Y, puede que sin que él lo sepa, yo sea “el colega” (como él dice) que él quería también, who knows?

Y por eso, cuando me acabé mi *waffle* y me dispuse a marcharme, me dijo:

- Salgo a las 12, y tengo que sacar a la perra, si quieres te aviso y damos un paseíto...

Y, puesto que ya sabía que vivía por aquí cerca, porque se lo dije yo...

- Va, chachi, si no me da pereza, bajo.

Y bajé, y dimos una vuelta, y vimos a los “valientes de la *noye*”: los pescadores, con su paciencia, y los nadadores, con sus...gemelos.

Espera, que (los no creyentes podéis saltaros este trozo)
me acaba de llamar Yerco, y TENGO QUE bajar. De lo que él
me diga, dependerá el final de esta *movela* ;)

Si buscas resultados diferentes, no hagas siempre lo mismo...

Pero si buscas lo mismo, ¿por qué hacer algo

diferente?

Y así fue. El viernes hice algo muy parecido a lo que hice el jueves, solo que un poco más allá, y el resultado fue, también, parecido (porque, como ya sabrás, en este mundo no hay dos iguales, y como no hay dos iguales, no hay dos días iguales, ni dos guru-jis iguales, ni dos piedras iguales, ni dos nubes iguales...bueno, sí, que ya lo habrás pillado). Y, aunque hoy no es como ayer, también será un gran día... aunque al principio no lo pareciera.

Quedé con Tania (mi jefa) en que pasaría hoy por la farmacia a por folletillos de la cosmética *por la que ellos apuestan* (is that politically correct?), así que me ducho ;), desayuno, y me pongo guapa para bajar a verlos a todos. En ese orden, porque ya demasiadas veces me puse guapa antes de desayunar, y después me “puse guapa” desayunando, así que... y después me tuve que volver a poner guapa... (y si ya

después te lavas los dientes y consigues volver a “ponerte guapa”, entonces ya sí que es la repera). Pues eso, me puse guapa después de desayunar, cogí mis cosas, y abrí la puerta. Justo entonces, sonó el teléfono.

- ¿Sí?
- Julia, mira, que soy Tania, de la farmacia—opiamente, tengo su número guardado, y sé que es ella, pero ¿qué querrá?... si ya voy-.
- ¡Ah, sí! Dime Tania, buenos días, justo iba par allá.
- Hola, mira, que... te llamo para decirte que ahora dice el chico que no se va... - ¡¡¿¿QUÉEEEE??!! ¡¡¡inoooooooo!!!!-. Me sabe fatal, después de que te hice venir hasta aquí -con todo-, lo siento muchísimo, de verdad, las cosas no se hacen así... así que mira, hacemos esto, vamos a dejar pasar el finde y yo el lunes te digo algo seguro.
- ¡Ea! ¡qué le vamos a hacer! Qué mala suerte, con lo que me gusta a mí este sitio... Bueno... yo, ya que estoy aquí, me voy a quedar, así que si te enteraras de alguien... lo que sea... con tal de quedarme aquí...-con los ancianitos de Meggie... (eso no se lo dije, claro)-. Aunque fuera media jornada... Por favor.
- Sí, sí, claro si me entero de algo yo te digo, pero de todas formas hablamos el lunes.

- Vale, perfecto, que pases buen finde- y colgué.

Y ahora, ¿qué?, ahí estoy yo, tan *chipi* por fuera y tan *chop* por dentro, en la puerta, ni siquiera me había dado tiempo a salir... Así que la volví a cerrar y me dirigí a mi habitación. Cambié mi vestidito de *jipi* por mis pantalones de *jipi* (y una cami, claro), cogí los *apichusques* y empecé MI finde, que se planteaba muy diferente ahora. Hace cinco minutén el plan era: 1. Estudiarme los folletillos (que ahora, no sólo no necesitaba estudiar, sino que ni siquiera tenía), y 2. Estudiar alemán como una loca (que no es lo mismo que hablar alemán por todos los medios). Pero nada de eso era necesario anymore, por lo menos de momento, así que el mundo, Tania, o yo misma (o todos a la vez) habían decidido darme un par de días más (de sol espléndido) para “explorar la isla”. Así que tenía que aprovechar, y a eso mismo fui, a Playa Jardín, a aprovechar my new & unexpected freedom (que de momento no sabemos lo que durará...quizá hasta el lunes, quizá más...).

Aunque me guste caminar, aún solo di con una de las playa del Puerto, Playa Jardín (y por lo visto ni siquiera entera), y, como me encanta, volveré hoy... y cada día... ¿Será que es mi playa? Puede... aunque verás lo que pasa cuando descubra la nueva.

De camino, pasamos por la casita verde (algo que también haremos cada día, y por eso estoy convencida de que debe ser mi casita...) pero creo que por detrás, por el camino “no

tan bonito”, pero que pienso hacer aún más bonito que el otro.

Cuando llegamos, ahí están, las curiosas esculturas de piedra (construidas por muchos... y destruidas por algún cabroncete de vez en cuando también, sí, así es la vida). Las hay grandes y pequeñas, uniformes y heterogéneas (¿o monótonas y divertidas?); las estables, y las que parecen castillos de naipes, en riesgo ante el más mínimo soprido, y que sin embargo ahí siguen, en pie, desde el primer día. El sitio es mágico, “el colmo del equilibrio”, pues no me sale nada más poético ;P, tres elementos ignorados, e incluso a veces despreciados por el ser humano, pero sin los cuales no habría ser humano capaz de ignorar o despreciar, pues no habría, directamente, ser humano alguno. Es, por ello, “el colmo del equilibrio”, pues si el equilibrio entre estos elementos esenciales se rompiera, tan solo unos minutos, se caerían al fin esos castillos de naipes...pero también los que parecen bunkers de hormigón a su lado, quizá incluso antes que éstos. Los negros y los blancos, y los mestizos... los altos y los chatos, el vuestro y el mío... y tú y yo con ellos.

- Hello! Do you speak English?
- A little bit - respondo, sin apartar apenas la vista de las montañitas de Rosa y John.
- What are these for? - pregunta el todavía extraño.

- Some people say they are made of dreams, promises or good wishes, some others might think it's a kind of art... and the most boring ones, think it's just a tourist's thing. I'm not sure. I just enjoy making them, it's relaxing.
- Oh! All right, I'll make one then.
- Cool, you should! - y se puso a ello.

Así se entretuvo un rato, y yo terminé mi torrecilla, y acabé de recoger lo poquito de basura que quedaba por allí.

Era rápido, el forastero. Nunca había observado tan detenidamente a nadie construyéndolas, pero Dave colocaba las piedras con bastante soltura. Cuando hubo hecho dos o tres torres, se aburrió. Y se sentó a mi lado. Llevaba una camiseta con un *smiley* ☺, unas bermudas, una libreta, y una botella de agua (en verdad de zumo de mandarina exprimido rellena de agua), que aún conservo (lo sé).

“¿Cómo te llamas?” y “¿qué haces aquí, en Tenerife, en el Puerto?”, son las dos preguntas clave para poder presentarte a mis nuevos coleguis, así que empezaremos por Dave: Dave se llama Dave, claro, es british (del norte, creo, no estoy segura, y es un paraglider... ¡Cómo nosotras!) Y ha venido aquí a eso, to paraglide.

- Aquí hay muy buenas corrientes for paragliding –nos explica.
- ¡Anda! ¡Claro! Si los veo cada día.

De hecho, fue una de las primeras cosas que vi. Sentada en uno de los muchos bancos de la plaza del charco, mirando al cielo azul entre las enormes hojas de palmera (suave): un parapente verde, verde pistacho, que parecía una hoja más, una que se había desprendido y seguía ahí, suspendida que, no suspensa... ni en suspense... como yo cada día.

Y, como los vi también ayer (sí, hoy vine por detrás, por el *camino no tan bonito*, seguro, porque pasé por la pista de aterrizaje (que es el jardín del señor que vive en una tienda de campaña en primerísima línea de playa)), hablé con los de enminube.net, que es a los que veo cada día, pero allá arriba, que no hay quien se entienda sin un walkie talkie (o talkie walkie, para los franchutes), y les pregunté. Pues eso, que ya me he vuelto a liar, que Dave vino a hacer parapente pero, por volar más tiempo de la cuenta (y no por volar beodo, o tirar colillas desde ahí arriba), le han quitado la licencia y no ha podido volar, dice que lo intentará mañana, antes de irse.

Ea, pues ahí está Dave, my Deep breath de hoy, el primero al que me atrevo a contarle, tranquila y sin ningún agobio (pues nada es seguro hasta el lunes, y, si el sí pasó a *no* en dos días, podrá volver a pasar a *sí* en otros dos... digo yo), mi conversación telefónica de esta mañana, y lo que conlleva (puesto que sus preguntas son similares a las mías). Pero también, lo mucho que me gusta este lugar, y lo bien que ha ido saliendo todo lo demás (aunque esto último no es al primero que se lo digo, al revés, no paro de repetirlo, porque flipo). Y ahora es Dave el que flipa...

- So...you have got no job now?
- It seems so.
- And you come here and enjoy this... and you don't look stressed, or sad, or worried...
- That's because I'm not. Nothing is sure yet, so I should better enjoy my weekend in this paradise...don't you think? I might not be here for too long, if things don't work out...
- That's a good attitude! That is a clear mind, well done!
- Danke schön!! 😊 -ahora hay dos smileys en vez de uno junto a Dave.

Hablamos de él, y de mí, y del mundo, me contó por qué era vegano, y muchas de las barbaridades que les hacen a los chicken (completando la reciente información de Rocío sobre los huevos, y lo importante que es que sean 0, ó 1 a unas malas, pero nunca más). No me gustaba mucho ese tema, así que procuré lo extenderlo demasiado (®j®s que no ven...) (que tengo huevos 0, jeh!... Pero me encanta el pescado... y también todos sus coleguis moluscos, bivalvos, cefalópodos y podocéfalos, bueno y falocéfalos (esa para *el primo*). No recuerdo bien de qué más (o no te lo puedo contar así, en paper ;)) pero sé que hablamos de muchas cosas...

Sin embargo, sí acabo de acordarme de algo, de mi bindi, que aquella mañana me puse, y no me quise quitar, aunque a

puntico ;) estuve de hacerlo un par de veces. ¿Por qué? Si aquí todo el mundo hace lo que quiere, y a nadie le importan las sandalias con calcetines paseando al lado de las botas de invierno... ¡me lo quedo! Y me lo quedé. Y fui al banco, y nadie me dijo nada... tanto fue así, que se me olvidó. Se me olvidó todo el día, y, por eso, cuando llegué a casa a las mil (que ya serían menos, y aún menos en Canarias), Peter flipó. Pobrecito... como ya confesó (y ayer Jessica ratificó, cuando "cenamos" -y lo pongo entre paréntesis para que Roberto no pueda seguir metiéndose con mi cena-de-pic-nic-en-casa, en mi nueva casa), él pensó que metía en casa (en mi antigua casa) a una chica normal... y... a la mañana siguiente... aparecí yo (con el bindi, y vestida de carnaval antes de la cuenta... y... "that smelly thing que mejor que no pongas porque huele toda la casa") WHAT THE HELL??!!

Así que el pobrío se asustó, pero yo creo que en el fondo le caigo bien (todo lo bien que tu hermana, la desastre, puede caerle a un compi de piso), y eso espero, porque aquí sigo.

Dave tenía hambre, así que comimos en el bar de Pedro (pero esta vez de noche y con música en vivo) y pedimos una ensalada y unas papas (cuerdas esta vez, que las locas llevan bacon), lo único que ofrece la carta para veganos ;). Mas no fue ni la ensalada, ni las papas, ni siquiera el besucón de Pedro lo mejor de aquella noche en el Noa Noa... bailamos, aplaudimos y acompañamos con cualquier cosa que nos pudiera hacer de instrumento musical cada canción de Maikel Luna, que a Dave le encantaron, todas, hasta la versión bachatera de *Bailando* ;).

Tanto bailábamos y reíamos que, de no haber sido por las dos botellas de agua que había sobre la mesa, nos habrían tomado por borrachos (aunque *tomado por tomados* también tiene su miga... vale, ya entiendo a Sylvia con lo de “los muchísimos significados” q tiene un mismo verbo en español, cierto es que desde fuera (o mejor, a los de fuera, les parecerá que les *toman el pelo*)... pero no podían. Pues, aunque sí, parecíamos beodos, éramos en realidad sólo un par de embriagados de la vida... además, nunca nos echarían, porque conseguimos contagiar a los demás ☺.

Con alegría y pesar a la vez, nos despedimos de Dave, a quién quizá no volvamos a ver, pero del que seguro volveremos a oír.

Sábado, 23 de enero de 2016

No recuerdo bien cómo empezó este sábado, pero, por

lo que me cuenta John, debió empezar a su lado. En un momento dado en el que debió tener que marcharse, tenía que dejarme en algún lugar... y así descubrí El Rastro del Puerto (bueno, uno de ellos, el otro aún no lo encontré, porque se me suele olvidar que existe).

¡Ea! Ya recordé, Meggie, la alemana de la que te hablé, la que trabaja cuidando de más alemanes “de avanzada edad”, quiere conocerme... para ver si quizás podríamos echarnos una mano mutuamente. Además, tiene que ir a por algunas cosas de casa que necesita para ese otro trabajo en el que John le ayuda (y en el que hoy, les ayudo yo también): “Casas de ensueño”, de las que salen en programas rollo *Quién vive ahí, Enséñame tu casa*, o *Reforma por sorpresa* (después de la reforma, claro)... esas casas en las que tú y yo nunca viviremos (*alohomora* tú sí), que parecen de cartón piedra, que no podemos creer que sean de verdad... Pues sí, son de verdad, se pueden ver, pero también tocar, y te puedes

incluso sentar, como yo ahora, en una de sus tres terrazas frente al mar. La más fea de las tres, dicen ellos, para mí, sin embargo, es la terraza más bella en la que jamás estuve. Probablemente los dueños ya estén cansados de ella... y, al sentarse aquí, donde estoy yo, piensen más en lo que les molesta el viento, o en la grieta que está saliendo ahí, o en la siguiente reliquia que, aunque parezca rescatada del mar, comprarán en la boutique más cara de Bélgica, que en lo maravillosa que es.

Por eso, porque Meggie anda siempre liada, cuando no con una cosa, con una casa, tenemos que aprovechar estos momentillos “de *recaos*” para verla, así que, en el Leroy Merlin, iluminadas por millones de lámparas, y rodeadas de puertas y ventanas que no dan a ningún lado; cocinas relimpias y recoloridas, en las que nadie cocinó, y mesas (y sillas) a las que nadie se sentó; armarios que parecen súper prácticos pero que casi rompemos sólo con intentar averiguar el funcionamiento... y todo lo imaginable (y parte de lo inimaginable). Donde lo inútil está justo al lado de lo esencial, y a cuyo otro lado está lo estrictamente prescindible. Allí, y en tres idiomas (por lo menos), empezamos a conocer a esa gran persona que es Meggie, alguien que vino aquí a olvidarse de sus problemas y acabó, no se sabe aún cómo, quedándose con los de todos los demás. Diez pacientes viven en la residencia, casi todos con Alzheimer, pues son muy mayores. Luego nos enteraremos, cuando vayamos a ver a Margarita, de que es porque están con ella que viven tanto.

- Les cuida tan bien, que nunca se mueren ;) –eso fue justo lo que dijo Marga.

Quedamos, pues, en probar un día y luego *ir viendo*. Y quedamos para el martes.

- Trabajaremos en casa, trabajo de oficina –me explica (pues habla genial español, John, digas lo que digas ☺).

Ahora sí, John me tiene que dejar en algún lado cerca de casa antes de irse de nuevo con su carro biplaza chulísimo, del siglo pasado (y verde). Y yo, que por intentar hacerle las cosas fáciles y con esa manía mía de bajar de los medias de transporte en cuanto creo reconocer alguna cosa (que puede ser desde una casa o una escultura –que probablemente, y sólo probablemente, sí sea la que yo creo haber reconocido- hasta un árbol, una farola o un parque – que, ahí, amiga, deberías cerciorarte antes de que, efectivamente, ES el árbol que tú creías), me acabaré llevando algún disgusto (luckily not yet), decidí bajar de esa esquina, justo en esa, donde, casualmente, hay un mercadillo ;). Es de día, así que no hay problema por no saber dónde estamos. Aunque creemos estar en el Puerto, si al final resultara que no, aún podremos pillar una guagua... o lo que sea. Así pues, con chiribitas en los ®j®s, y con más dinero del que debería, me adentro en el paraíso de Diógenes (y mío, por ende).

Vale, se me fue la olla, pero... ¿lo dudabas? No se me fue demasiado, porque aún no tengo casa, si no seguramente

habría tenido que buscar algún medio de transporte, pero, como no, me vale con mi bolsa de *Plátano de Canarias*, la que, por algún extraño motivo, a Yerco le cuesta entender que sea el regalo de un frutero polaco.

Bueno, tengo que hablarte de mis tesoros, igual que tenemos que hacer un pretty woman si nos vamos de compras, así que allá vamos. Esta vez empiezo por el final, que me viene mejor. Lo último fueron las zapas, lo único nuevo que se puede encontrar allí, mis zapas de esparto por 2€, 1€ cada zapa ☺ ¿problema? Que van a ser para ti, porque a mí no me valen. ¡¡Son chulísimas!! Suela de esparto y, por encima tela bordada con cuentas, ¿qué más se puede pedir? Bueno, Bonito, Barato y... ¡reciclabile para mis collares! (como los regalitos del tío Antonio ;)), ¿y qué si no me valen? ¡Yo me las llevo! Yo, y la otra señora bigfoot como yo. Las dos usamos un 39, pero la chica sólo hace hasta el 38...y, claro, no cabemos. (El próximo sábado habrá otra señora big (y no sólo foot) más, que conseguirá meterse en un 8... ¡y salir de allí caminando! Ésa es aún más terca que yo.

Que por qué empecé por lo último, pues porque me venía bien, te lo dije, y ¿por qué me viene bien? Porque hoy es sábado, y volví. Volví a por otras iguales, para Martina... y para mí. Porque al final me las conseguí poner, primero de chancla, y luego de verdad, encogiendo los dedetes, como siempre. Y así, cual bailarina de ballet, cual aprendiz de geisha (o, más bien, aunque menos poético, cual perro con calcetines), recorrió el Puerto, día tras día, noche tras noche... hasta que se rompieron.

☺ ¡¡Bien!! ¡Ya tengo cuentas nuevas! Pero ahora no tengo zapas ☺ y, como a Martina (y a todo el mundo) le encantaron, hoy volví a por otras... ¡y no había!

- Así que me toca esperar otra semana entera... -le explico a Elena, la mamá de John, a la que conocí hoy, y que también habla genial español, cuando me pregunta dónde voy con esas *tenis* :P blancas tan nuevas a trabajar.
- Pero el miércoles hay también... –dice Elena.
- Ah, ¿sí? Genau, entonces ☺.

El resto de mis compras fue, para mi gusto, igual de productivo, aunque, para mi disgusto, algo excesivo. Buscaba un libro, sólo uno, pues me traje 2 que tenía a medio (y me dejé los *Cuentos para pensar*), y me llevé cinco, y ninguno era *Cien años de soledad*, el libro que buscaba, el que me recomendó Mario, mi blablablá de Vitoria a Madrid.

La metamorfosis, de Kafka fue uno de esos cinco. Hacía tiempo que quería leer ese libro. Desde que Clara tuvo que hacer aquel trabajo que consistía en ilustrar el libro, en reflejar la agonía del protagonista... y, ¡vamos si lo logró, la tía!, así que ese lo cogí, que además es Kafka... hay que leer algo de Kafka, ¿no, Albert?, yo creo que sí. Fue uno de los cinco, pero, además, el único que recuerdo, y el que me empecé ese mismo día, en el balcón verde. Además de libros compré cuentas, una cajita con muchas cuentas (unas, buenísimas, otras, no tanto), por 1€, Co... ¡sólo la cajita me

hubiera costado más en el chino! Así que, una ganga.

También compré otro par de collares con cuentas suculentas, por un par de eurillos, y, creía que un anillo, de capricho, por el que rompí ayer, pero nunca lo volví a ver, así que espero que al final reinara la sensatez (y me dejara de caprichos pues, en realidad, todo lo era), y que no fuera que lo perdí por el camino. Con todo esto (y seguro que algo más) en mi plátano-bolsa, eché a andar hacia abajo (que era lo que “había reconocido” al venir con John en el carro), por el camino de palmeras, que empieza en el barranco donde las gallinas de vez en cuando me obsequian con sus plumas y acaba en Playa Jardín, justo encima de Picasso. No llevaba ni 200 metros caminando, cuando me tocan la espalda...

- Hello ☺
- ¡Hombre! ¡Hola!

Peter y Jessica se han puesto guapos para salir a dar un bonito paseo en pareja. Es verdad, me hace gracia que cuando no tenemos pareja nos pongamos guapos el día que queremos encontrarla y, cuando la tenemos, el día que vamos con ella. Pues así iban ellos, guapos y en pareja (ayyy, ingenua), a comer por ahí. Es decir, lo más común. Y me encontraron a mí, paseando con mínimo 5 kilos a la espalda... también muy común. Me reconocieron por los pantalones, esos tan brillantes que me regaló Carmela de cuando se disfrazó de Aladín. Que me regaló porque se mudaba, y que, no sólo recogí en ese momento, sino que se han mudado conmigo. De Guildford a Bagshot, y de Bagshot a Vallecas...y,

lo que es aún más fuerte, ¡de Vallecas a aquí! Pues menuda selección que hice yo... si jamás me los puse desde que los tengo... Y al final va a resultar que sí, fue una grandísima selección, porque, aunque me pareció que cometía el típico error de traerme todo lo que nunca me puse, aquí, donde hay muchos guiris pero ninguno sabe exactamente qué tipo de guiri es, ni él ni el de al lado; donde hay invierno pero nadie sabe muy bien cuando empieza, donde los zapatos son útiles pero no necesarios, y donde el inglés no es ni útil ni necesario pero, sorprendentemente y por algún extraño motivo, como todo, el alemán sí... aquí donde cada cual es sólo eso, cada cual, aquí sí me pondré todo eso que allí no me atreví... Y, ¿sabes qué? que el vestido-cintadelpelo-falda-fular del barroco, ese que en teoría lo era todo pero nunca fue nada, el que me puse 30 veces y otras tantas me quité (5 minutos después), también me lo traje, y me lo pongo ;)

Como me vieron sola, o porque sí y ya está, me dijeron de ir a comer con ellos. Pero yo no tenía hambre, y, además, quería ir a buscar plumas, así que, después de recomendarles el único bar que conozco de momento, el Noa Noa (porque siempre estoy cerca de él, cerca de Playa Jardín, cerca del miradorcito blanco con la cruz (donde por lo visto los muyayines del Puerto se reúnen a fumar la pipa de la paz), y, claro, cerca de la casita verde de la calle Mequínez, que vigilo cada día. Les dejo, me despido y, supongo, tiro camino del Loro Parque. Si ese fue el día que llegué, que quiero creer que sí, de poco me sirvió, aunque no de nada.

La chica de la taquilla me mira un poco raro cuando le pregunto si conoce a alguien que esté en contacto con las plumas, así que decido cambiar la pregunta por la de si quizá podría hablar con el veterinario...

- Lo mejor es que mandes un email–me aconseja.

Pero ya sabes tú que, entre mandar un email y caminar un montón, coger alguna que otra guagua y... en fin, hacer difícil lo fácil, tu hermana lo tiene claro. Así que, aunque le pido que me apunte la dirección, insisto en mi búsqueda... y me asomo por encima de la valla, buscando no sé muy bien qué ni a quién. Encuentro un alguien, que no un algo, y le pregunto (a gritos):

- ¡Perdona! ¿sabes de alguien que esté en contacto con los pájaros? ¿alguien con quien pueda hablar de plumas?
- Está prohibido, los trabajadores tienen terminantemente prohibido sacar plumas del parque.

Ea, pues, contra alguien que tiene tan claro lo que está prohibido y lo que no, poco puede hacerse... aparte de darle las gracias por su cortesía... y la enhorabuena por su buen conocimiento de la legislación vigente, y marcharnos.

Pero no nos vamos a rendir tan pronto, digo yo, así que, como te decía, nos marchamos, sí, pero muyyyyy despacio y mirando bien a todos lados por si aparece algún otro empleado, más amable (... y menos listillo). ¡Ahí estál!, justo cuando ya nos íbamos de verdad. Parece un chef, lleva un

traje blanco con botones dorados (que en realidad es más de comunión que de chef), y en el pecho, bordadito, pone: LORO PARQUE.

- ¿Trabajas aquí? –pregunto, para romper el hielo ;) – en las cocinas supongo... –añado, porque si no la cago no me quedo agustín.

Gracias al cielo que no me oyó esto último o, directamente, decidió hacerme un favor ignorándolo

- Sí, claro.
- Pero, ¿dentro?, ¿con los pájaros?
- A veces, ¿por qué?

Y se lo cuento.

- ¡Ah, no! Lo mejor es que vayas al criadero de aves, allí es más fácil. Está en La Higuerita, en el cruce de La Vera. A lo mejor ellos te pueden dar más...

¿Más que la chica de la puerta?, ¿en serio?, ¿tú crees? Seguro que más, sí.

Como aún no sabemos dónde está La Vera, decidimos dejarlo para otro día. No sólo es sábado, sino que, además tenemos hambre y vamos cargadas, así que volvemos a casa, a dejar nuestro montón de cosas. Como he quedado con Sylvia (la profe de alemán que conocí en Agora, como a Peter

y a Laura, y a Giovanni, cuyo cumple será el mismo día que mi fiesta de despedida...), salgo corriendo, pues ya se sabe la puntualidad alemana... Y, aún así, tengo que llamar a Sylvia para avisar de que llego tarde (pues también se sabe de la puntualidad española...y ni te cuento la canaria), pero llego. Y luego me pierdo (para variar), y será ella quien me llame otra vez para decir que ya está bien.

- Ya, ya, Sylvia, perdona... me perdí.
- Vale, no pasa nada, estoy en la dársena 12, ¿vale?
- Vale, perfecto, ya llego –respondo mientras corro calle arriba...

Cuando por fin llego a la estación de guaguas y miro el número de dársena...

Dársena 1, estupendo, justo en la otra punta...

Llego corriendo y tardísimo y allí está Sylvia, diciéndome a lo lejos que ya puedo parar de correr... Cuando llego, me abraza. Es bastante cariñosa (para ser alemana, iba a decir, pero, como me repatean las generalizaciones, ¿eh, Yerco?, no lo digo), por lo menos conmigo, creo que con Peter no tanto :P.

- Bueno, ¿cuál es el plan? –*Was ist das Plan?*... ¡no me digas que no es un lío!
- ¿Has estado en Garachico? –me pregunta Sylvia.

- ¡Que vá! (que aquí es así, con tilde en la a, en vez de en la e)-
¡Si yo no he estado en ningún lado!... más que en el aeropuerto y aquí... (decidí omitir mi experiencia en el Teide, por varios motivos, ¡ninguno verde!).
- Let's go there then. It's beautiful, I think you will like it.

Y no se equivocó, de hecho será allí a donde lleve a todas mis visitas (que de momento fueron solo dos. Y, aunque el tiempo (*das wetter*, pero que pareció más bien *das wáter* justo esos días) nos sugiriera un plan B por activa y por pasiva, fuimos a Garachico), allí y algo más lejos, a Buenavista, pero esto también me lo callo por varios motivos (que esta vez sí son verdes, la mayoría, pero no del verde que tú te crees :P).

Garachico es un pueblito precioso situado algo más al oeste que el Puerto, también en la costa norte de Tenerife. Un pueblito que, durante mucho tiempo, fue el principal puerto de Tenerife, durante cuánto no lo sé, pero sí hasta cuándo... (bueno, en realidad no exactamente, porque ya te digo que me tienen un lío con la erupción que te mueres... pero dice un señor que su abuela lo vivió, así que hasta la época de la abuela de el señor taxista). Y, ¿por qué hasta entonces? Porque entonces pasó algo, algo gordo, algo que pocos se esperaban pero que también pocos olvidarían (y eso sólo si fueron de los afortunados...). Y es que el Teide, después de tanto tiempo hibernando, dormitando, meditando o, simplemente, contemplando, decidió hablar. ¡Y debía estar muy cabreado! No sabemos por qué pero fue

Garachico uno de los que se llevó la peor parte...y así quedó, enterrado por la lava. Arruinado por la misma lava que hoy le devuelve lo que le quitó. Garachico es, hoy, muy turístico, principalmente por sus ríos de lava, aunque la bonita plaza con la iglesia y el cabildo (que quizá no sea tal), que tanto nos recuerda a lo que nosotras creemos que debe ser Cuba (y a Carlos a Colonia, a su querido Uruguay... y en verdad a mí también), posiblemente también atraigan a más de uno hasta aquí. Cuba, Uruguay o Argentina, pero, en cualquier caso, las placitas de todos estos pueblitos del norte de la isla, evocan antes Sudamérica que la actual España, con sus grandes supermercados, sus innumerables franquicias y cartelones de publicidad, sus edificios “prácticos y modernos” en los que la belleza pasa a un segundo (o incluso tercer) plano; sus calles, atestadas de tráfico, coches en segunda (o incluso tercera) fila, y sus aceras, atestadas de gente estresada que camina, también en doble fila, y resopla cuando el de delante se para a atarse los cordones de los mocasines saltarines... vaaaaale, *pongamos que hablo de Madrid*, no de toda España. Pero ¡es que así contrasta más! Y yo desfogo ;)

Tras recorrer los miradores sobre los ríos de lava (sin saber aún nada de su naturaleza), decidimos sentarnos a tomar un café, y nos dirigimos a la plaza, de la que os acabo de hablar, la que me recuerda a Cuba, y la que, por algún motivo (que aquí **yo creo** que no es tan extraño. **Yo creo** que es por si crece el mar...- igual alguno dice ¡¡¡HALA!!! ¡¡Qué burra!! ¡¿Cómo va a ser por eso?!- ea! Yo que sé, si lo sé no digo nada...-), como las plazas de Icod y Buenavista, está en alto

con respecto al resto del pueblo. En alto de tal manera que, si entras desde arriba, desde la parte alta, ves perfectamente que es La Plaza. Sin embargo, si paseas por la calle que pasa por debajo, aunque estás AL LADO de la plaza, te la pasarás. Desde abajo sólo se ve una escalera, bueno dos, una a cada lado, y unos baños, también dos, uno a cada lado (públicos y sin pagar, te dije que esto no era la península), nada más. Así pues, es probable que te la pases sin darte cuenta. Pero tampoco es muy grande, Garachico, así que no pasa nada, enseguida llegarás, por el otro lado.

Como Sylvia sabía dónde estaba la plaza, nosotras llegamos directas, sin pasarnos, ni tampoco pasearnos (más de la cuenta). Nos sentamos en el café (que ése si es como los de la península, el típico redondo (con barra panorámica), que acapara toda la clientela en los días soleados, que aquí son los más (aunque Ana y Carlos no se lo crean). Ahora, que también te digo que lo que viene ahora, no les viene nada pero que nada mal...

Pedimos, yo, un *barraquito*, y Sylvia, un *cortado, por favor*, ¡cómo les gusta esa frase (y la de la cerveza) a los extranjeros! Y nos sentamos en la misma mesa en la que me sentaré en mi segunda expedición a Garachico, porque aquella fue expedición, no paseo, y hablamos y escuchamos primero, y luego escuchamos solo, porque era mucho mejor. Y vimos también, mientras nos dejaron. Cuando llevábamos un ratito allí sentadas (sigo sin reloj), un cassette empieza a reproducir las más míticas de las más folclóricas... María de la O,

Francisco Alegre (y olé), Pena, penita, pena (penaaa)... y,
¡hasta Rafaela Carrál!, ¡le da a todo, el tío! ☺

...pero... ¿Quién es? ¿Es él de verdad? ¿El que canta? ¿En serio?

- Sí, sí. Es él, míralo...

Álvaro, un niño de unos 10 años, no llega, está subido al banco y... ¡¡se lo canta todo!! No solo se lo canta, también se lo baila, con una gracia (palabra que aún no sé si existe en alemán, pero es dificilísima de explicar en todos los idiomas... y ya lo de: -las que tú tienes cuando te dan las gracias, esa ya sí que es de *proficiency*...o de *profident*, la sonrisa del que te escuche intentándolo)... que ya quisiera yo tener para ALGO, no para bailar, porque no le podemos pedir peras al olmo...ni gracia al bailar (sí, olmo soy yo, en este caso). Es increíble, la gente se empieza a congregar a su alrededor, primero más lejos, “como el que no quiere la cosa”, pero luego muy cerca, cuando otros se les fueron colando con sus malditos smart phones por delante... Ya se sabe que hoy, como dice Ana, “lo que no está en facebook, no existe”. Yo solo espero, que se vea y se oiga fatal en la grabación... bueno, en realidad ni eso, porque, ni aún así, empezarían a intentar disfrutar de los momentos, en vez de grabarlos... para intentar vivirlos luego, cuando ya se acabaron.

Y es que hay que cuidarse mucho, pero mucho, mucho, de no cometer el mismo error, el de querer compartir los momentos... Por eso ahora, en mi nueva isla, cuando salgo a

ver el atardecer, salgo a verlo, a oírlo, a olerlo y a gustarlo... y
me dejo el móvil en casa.

No es oro sólo lo que reluce...

Madrugamos, pues hemos quedado con Simon

para ir al *Flea Market* de Santa Cruz (“que es mucho mejor”, dice él). Pero madrugamos aún más para que nos dé tiempo a ir a tomar un café (sí, lo mío con las cafeteras es un gafe), y, warum nicht? Unos churritos, ya que estamos.

- ¿No tienes churros? –le pregunto a la churrera... pues solo veo porras.
- Sólo tengo churros –responde- no tengo de los otros...

¡Ea! Cuando te digo que cada día se aprende, es que cada día se aprende, a veces toca algo nuevo, pero otras, algo que creíamos saber. Hoy son los churros, para completar lo que aprendimos *anca Seven*. O sea, resumiendo, aquí, en Tenerife, los churros son lo que en la granja, de playmobil (sí, aquí es^o) llamamos porras, y, en Mairena (Sevilla), tanto las porras como los churros son churros... peeeeero, a lo que

nosotros llamamos churro, ellos lo llaman *churro-papa frita...*
¡pues menuda porra!, ¡o churro!

Bueno, sea como fuere, con los churros en una mano y el café en la otra, me dirijo a otro de “mis sitios”, el muelle, el embarcadero... o la antigua aduana, llámalo como quieras. Está justo aquí al lado, es donde fui con Yerco, y donde voy, de momento cada noche, a mirar el reflejo de la luna en el mar, un ratito, antes de irnos a dormir (...bueno, a casa). También fue aquí donde Saksa se me acercó... ¿a qué? pues a hablarme de Sahaja Yoga, curiosamente, de todas las formas de yoga (habidas y por haber), la única de la que he formado parte, al menos sabiéndolo.

Ahí nos sentamos a tomar el café, y luego a contemplar... ¡Oye, tú! ¡Que al final tampoco íbamos tan sobradas de tiempo, eh! ¿Qué hora será...? Me asomo al reloj de la Plaza del Charco, para comprobar que difícilmente llegaré a coger la guagua que le prometí a Simon que cogería... y echo a correr.

Llego a la estación con la lengua fuera y con cinco minutos de margen (¡esa!), y me pongo a la cola (soy la tercera, no problema) para comprarme un bono que, como siempre, es mejor que ir tirando de billetes de ida. El tipo de delante, el primero, decide que la estación de guaguas es, además, un punto de información turística... y yo me empiezo a inquietar (¡a la Sepulvedana lo mandaba yo a éste!). Por fin me toca, justo a la hora... pido mi bono y le pregunto a la

chica (de información ;)) dónde se coge el bus directo a Santa Cruz.

- La 101 o la 103, en media hora.
- ¿Qué? ¿no había una ahora?
- No, no, a las 10.
- Vale, muchas gracias –pues vaya una carrerón mañanero gratuito que me metí.

Ea, pues nada, llamo a Simon y le comento el tema...

- Es a las 10, Simon.
- ¿¿En serio??
- Sí...
- ¡Ah!, vale pues nada, cógelo a las 10. Yo lo cojo aquí, más arriba, en la parada de La Paz.

Y, dicho esto, me siento a comerme otro churro (ya sin café) en frente de la parada, donde hay, por otro extraño motivo, un pequeño mirador.

Mirando y mirando se hacen las 10, y nos dirigimos al andén para seguir viendo Tenerife, como nos gusta, desde la guagua.

Como cada día que cojamos el bus, una cola, sobre todo de guiris (parece que no solo a los british les encanta *to queue up*, aquí, en Tenerife, las colas también están de moda), invade la calle (que, hasta que vinieron Ana y Carlos, yo creía que era la verdadera estación de guaguas...). La cola me sorprende... y, por (el) otro lado, no me extraña nada, pues parece, como *impossible is nothing*, al menos altamente improbable, que quepan todos ahí dentro... ¡Pero caben!, ya lo dijo Nike, y se meten, ¡todos!, hasta yo tengo asiento ☺ (aunque pocos más lo tendrán)...

- ¿Qué pasa si se llena? –le pregunto a mi compi.
- ¿Cómo que qué pasa?
- Sí, mi colegui se sube en La Paz, algo más arriba... y yo creo que no va a caber.
- Éste no para en La Paz.
- ¿Cómo?, ¿no? pero sí, tiene que parar...
- No, éste no. Bueno, yo creo, igual sí, ¿eh? –ya estamos con el yo juraría pero no estoy segura...pues entonces... ¡no jures!- Pero vamos, que no pasa nada, los que no quepan sentado, van de pie.
- ¡Ah, vale! Sin problema entonces. Y si no para en La Paz, pues le espero en Santa Cruz... tampoco tardará mucho, ¿no?

- ¡Qué va! Media hora o menos después que éste, llega.
- ¡Ea! Perfecto, entonces.

Así conozco a mi compi. Guanche no es porque por lo visto se los cargaron a todos y son algo así como seres mitológicos de los que todos han oído hablar pero que nadie (vivo) vio con sus propios [®]j[®]s. Y, así, unos dicen que eran morenos, altos y con [®]j[®]s azules, otros, que eran negros o casi, saharianos... *o de otro sitio, pero de África seguro*, otros, que si eran vikingos... ¡qué sé yo! Pero mi compi, cuyo nombre no recuerdo (creo que Antonio pero puede que no), lleva toda su vida en la isla (así que yo lo llamo guanche)... y no tiene coye! ¡¡¡Bien!!! Por fin alguien que no me dice nada más conocerme y sin quiera preguntar si tengo carnet: - Te **tienes que** comprar un coche (*you must*) ¡Por fin!, una vez más: justo lo que yo quería.

- Yo he vivido en el norte y trabajado en el sur, y/o al revés – me cuenta, venga va, Antonio. - Y ahora vivo en el Puerto y trabajo en Santa Cruz, está bien, se puede ir en guagua perfectamente. A cualquier lugar de la isla.

Y así es, ayer lo comprobé. Aunque fuimos en coche a las casas de ensueño, de camino a Igüeste (uno de los tres que hay en la isla -ya les vale-, como hay un Icor y dos Icods...son gua-sones los tíos, más de uno habrá acabado donde ist nicht), pues eso, de camino a este Igüeste en concreto, en un intento de evitar la súbita (pero poco súbdita) arcada que siempre “casi llega” justo antes de que nosotros lleguemos a

nuestro destino (como hoy, cuando fuimos a ver la finca a Genovés, ¡tela!), miramos por la ventanilla a todos lados, intentando buscar puntos de referencia que tranquilicen a nuestro sentido del equilibrio. Y ahí, en la más recóndita de esas de por sí re-recónditas curvas de la muerte (“Piedrafita chachi” en comparación con esto)... O SEA HELLOOOOOOOO!! Tres chavalines, bueno, muyayos, de 17 a 20, así a [®]j[®], tirados al lado de la carretera, literal.

Pese a la subitdez, subitedad, o solo lo súbito de mi arcada, en un alarde de valentía, abro la boca a fin de preguntar qué narices hacen esos ahí... John, imaginándolo (lo de la arcada seguro, porque llevo un rato sin hablar, pero digo lo de que me sorprendí al verlos), me responde sin que tenga que completar mi alarde:

- Surferos.

Como ya había desistido en mi primer amaguillo, me tengo que conformar solo con eso, o volver a jugármela... me planto.

A la vuelta, ya mejor y, por supuesto, más parlanchina, me entero de que ahí está la parada de guaguas, en la curva re-re-re-cóndita (esa también pa'l Seven, aunque se pique). ¡Me encanta esta gente! Con la calma, como dicen los guiris *um Urlaub*: “Hoy no, maniaaaaana”, pero llegan a todos sitios con el bus (incluso hay prohibidas que solo son permitidas para las guaguas –y pa ti, Co-)... ¡igualito que la Sepull! Bueno,

ya, que me vuelvo a liar y te estaba contado aquel día, no éste.

Pues eso, hablando con Antonio (porque ya es Antonio) de la isla, de que el sur es más feo, pero hay más trabajo –en eso sí que están todos de acuerdo... io *compinchaos!*–, para todo, de todo, no sólo de hoteles, y también más ingleses, aquí hay más alemanes y nórdicos...

- Pero en el norte se vive mejor, me dice. Tú intenta quedarte aquí.

Al llegar, como siempre, nos despedimos (esta vez sin abrazo, me porté bien), y nos disponemos a buscar un lugar acogedor (al menos relativamente) donde poder sentarnos a esperar a Simon, y, si es posible, asomarnos un poquito a Santa Cruz.

Y sí, es posible ☺. Al llegar, justo antes de girar a la derecha para entrar a la estación, veo el lugar. Un lugar de mosaico... pero de los malos... Parece, Lau, que la ruta del despilfarro también pasa por aquí... y Calatrava (o algún primo suyo), hizo de las suyas en Santa Cruz.

Subo la escalinata hacia la coronilla de ese inmenso yelmo pensando, ingenuamente, que podré asomarme a lo que en su día hubiera sido esa visera para abajo con ranuras por las que miraban los guerreros (no, no sé cómo se llama y no, tampoco tengo internet para buscarlo... isoy yo!), y hoy es el sitio de la *GoPro*. Pues eso, ingenua, la *GoPro* es para los pro, y la visera, para los guerreros, y tú te quedarás en el

cogote, donde está la plebe. Pero el cogote también tiene su encanto. Desde ahí no es un casco, es una cobra (creo), con su enorme cabezota agachada hacia nosotros, mirándonos, u oliéndonos quizá, pero quieta, como si el flautista la tuviera hipnotizada...

Y allí se pasa el tiempo... no se ve el mar pero, a diferencia de muchos otros sitios, aquí el mar se ve casi siempre, así que podemos prescindir de él por un rato.

Ese rato se va convirtiendo ya en ratillo y Simon llegaba solo 20 minutos más tarde que nosotras, así que nos vamos pensando lo de escapar de delante del hocico de la cobra hipnotizada. Quizá ahora me sería útil Itxaso, y su pársel ;)

De camino a la estación, alguien me grita:

- ¿Dónde vas??
- ¿Yo? ¿Me dices a mí?
- Sí, a ti, ¿dónde vas?
- A por un colegui, y al rastro, *¿por?*
- Vamos hacer una clase de percusión aquí mismo, al lado del auditorio... ¡pasaros!, y luego ya vais al rastro.
- ¡Anda!, ¡mirá vos!, Guay, pues sí, yo creo a mi amigo le va a gustar. Ahora nos pasamos.

Pensando una vez más en la magia del mundo, y en lo suertuda que soy, acelero el paso. Suertuda porque, si hay algo que sé de Simon es que él hace instrumentos musicales (pues pensé en encargarle a él el yembé de Lau), y que le duelen las manos de tanto tocar, eso dice... así que, ¡seguro que le encanta la idea!

Al llegar, me lo encuentro: con su sombrero de cowboy (con pluma, claro), sus doscientos collares al cuello (entre los que estará, casi seguro, el silbato de los sonidos de las aves) y no recuerdo qué otros accesorios, pero más seguro, porque le llamaron *Cocodrilo Dundee* nada más entrar en el rastro. Y los que sumaría (...mos). Le cuento emocionada lo de la clase de *percus*, y me responde, con menos emoción que un cactus (que, según como lo mires, puede tener emoción... o ser emocionante... como los de la abuela, todo depende), que pasando, que nosotros nos vamos al rastro, que es a lo que ha venido... a eso y a vender su sombrero de *cowboy*.

- ¡Ea! Y yo que pensaba que te iba a gustar la idea... pero bueno, vamos... -total, a mí me iban a dar el triángulo... si es que me daban algo.

Nada más llegar, se nos va la olla. El *Flea market* de Santa Cruz es grande, muy grande... y ni siquiera hemos entrado en la calle principal, cuando ya hemos mercado... y no poco. Un ukelele (sin cuerdas), tres libros, un cinturón (que luego descubrí que era bueno, además de verde), una bomba (para

hinchar la rueda de la bici, que aún no tengo), y seguro que algún collar.

El ukelele es de Simon, lo metí para hacer bulto... bueno y para que te hagas una idea de la estampa ;), lo demás, todo mío, mis tesoros... Y seguro que se me olvida algo, seguro... porque le dije desde ya:

- Simon, ya no compro más, jeh!, no me dejes...
- Vale, vale... -me responde Simon, dirigiéndose ya hacia el ukelele sin cuerdas. Dos minutos después, caen otros dos libros (los dos por 1€... ¡es un chollazo!)... ¡pues vaya una ayuda que tengo yo con éste!

De esos dos libros, los últimos dos (que eran una mierdecilla...), hubo uno que cogí sólo por el nombre: “*Las Lágrimas de Shiva*”, y, como ayer con el de Kafka, éste sería el primero que empezara a leer. Es curioso, muy curioso, lo primero porque este libro, *Las Lágrimas de Shiva, al contrario de lo que reza el título, y al contrario de lo que yo (que lo cogí por el título) pensaba, no va para nada de Shiva, el papá de Ganesh*, ni de la India, ni siquiera es un libro profundo (al contrario de la metamorfosis), ¡qué va! nada de eso, es una novela de adolescentes (o sobre ellos) en toda regla...pero me gusta, me gusta mucho de hecho. ¿Por qué te hablo tanto de estos libros? No, no porque quiera justificar mi desmesurado consumismo (...en los rastros solo), ni porque sean una ganga (que lo fueron), te doy tanto la vara con ellos porque, como siempre, hay una pequeña historia *detrás de ellos*, una

historia que aún estoy leyendo pero de la que te puedo contar el principio. El principio de uno, del otro, y, con ello, el principio de mi historia con ellos.

Como te conté ayer, Kafka vino primero (...además, seamos realistas, es finito –en español, no en italiano–, y, hasta las hijas de literatos, nos fijamos en eso). El pequeño libro es verde por detrás, y de colores claros por delante, tanto el título como la parte de atrás están escritos en blanco, y en la contraportada hay, además, una foto del autor, de ese curioso joven con una mirada tan (pero que tan) enigmática... No sé si fue él, o su mirada, la contraportada verde, o sus letras blancas... o simplemente mi estupidez (a la que le encanta guiar me, y a mí, dejarme) lo que me llevó a hacer lo que nunca hago, lo que nunca hice, y, lo que de momento, nunca volveré a hacer, leer la contraportada. Siempre me enfado cuando alguien coge un libro que me estoy leyendo, lee la contraportada, y, encima, me la cuenta...

- ¡No! ¡No me las leas!
- Pero qué más te da... si te lo estás leyendo... -me suelen decir...
- Pues por eso, me lo destripas... ¿y si hay algo que aún no sé?
- ¡Qué va! si está hecho para que te leas el libro... para intrigarte, no para destripártelo...

y más... Te lo digo porque ya tuve esa discusión muchas veces (cada vez que alguien me lo hizo) y se puede eternizar. Pero supongo que con esta “entradilla” ha quedado más o menos claro por dónde van los tiros.

Pues eso, lo hice, me leí la contraportada, que, como coger taxis, va en contra de mi religión... así que, una de dos, o me confieso, o me vuelvo a cambiar de religión, porque me he saltado mis dos mandamientos en cuatro días que llevo aquí.

Al llegar a casa, pues lo de pecar fue en la calle, antes de llegar, para que veas lo bien que estoy ejercitando la paciencia, abrí la primera página y empecé a leer...

“Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto...”

No... no puede ser... La primera página, la página número 7 (nunca es la 1) de la metamorfosis es, **exactamente**, la contraportada del libro.

¡Toma, tonta, otra oportunidad! Así que, de momento, no me cambio de religión.

Hoy llegó Shiva, con su llanto... y como (ya sí), fiel a mi religión, no leí lo de atrás, me llevé un chasco, claro, porque una cosa es no leer lo de atrás, y otra, leer solo el título. De hecho, se puede jugar con eso... y yo espero que más de uno os llevéis el libro a casa solo porque el título dice *wassap...* y

ya veréis cuando descubrás que aquí, guasa igual hay algo, pero del *wassap* hablaremos más bien poco. Pero, en mi opinión, y aunque es verdad que me llevé un mini-chasco porque no tratara de Shiva, siguió siendo mejor eso que haber leído lo de atrás... ¿Por qué? Pues porque, en ese caso, probablemente no lo habría leído... y, aunque sea una novela de (sobre o para) adolescentes, es un libro curioso. Un libro de esos que hablan de otros libros, un libro en que el prota y su prima Violeta (una de las cuatro flores) se echan "guerras de libros", como la que nos echamos la abuela y yo aquel día. Sus guerras del libros, como la nuestra, empiezan pero nunca acaban... empiezan con un libro que uno propone y siguen con otro, con el que el otro, el que se leyó el primer libro, intenta llevar a su oponente a su terreno (exactamente lo mismo que el contrincante intentaba con ese primero), así funciona la cosa, y así es como tiene que funcionar: unos escuchan mientras los otros hablan... y, cuando estos acaben de hablar, habiéndolo escuchado todo, desde principio hasta el final, sin interrumpir, ellos, estarán listos y dispuestos para escuchar nuestra respuesta, también hasta el final.

Por eso, por lo de mi problema de paciencia, mi guerra con la abuela fue de citas contra cuentos, que se pueden decir más cosas en menos tiempo, y por eso el primer asalto duró sólo una mañana.

Así pues, a pocas páginas del comienzo del libro, las justas para que conozcamos un poquito a todos los personajes y un muchito a ninguno de ellos, comenzó la Guerra de libros en

Villa Candelaria... y comenzó con un libro en concreto, un libro que os va a sonar... *La metamorfosis*, de Kafka.

Aunque en realidad comprobando mi fuente me diera cuenta de que ese fue el primer libro de Javier... pero la que empezó la guerra fue Violeta.

Te dejo el resto de esta página para ti. Yo, me dejé un ratito también para mí.

Volvamos al Rastro... ¿te acordabas? bueno pues ahí estábamos, todavía en la entradilla, ni siquiera hemos llegado a *lo bueno* aún, cuando lleguemos, seguiremos sobreconsumiendo (lógico, era *lo bueno*). Aquí, pillaremos: un vestido verde (para verano, porque es de tirantes, pero, sobre todo, porque de momento se me cae... tengo que comer muchas papas (con mojo verde y rojo) para que se sujeten en su sitio... -bueno, o un push up de esos, pero mejor las papas, más baratas y más ricas-), una mochila (esa, nueva, y claro, más cara, pero "la necesito" ... ¿no ves que no paro de romper maletas... y de acumular cosas? Está claro que la necesito), dos anillos con símbolos guanches, uno para Lau y otro para mí; un collar, que me dijeron que era de coral... y que luego, en el Puerto, Yerco me dijo que no, porque el coral huele -o igual no fue Yerco, no sé-.

Sí, fue él, tuvo que ser Yerco, porque, al ir a retomar la historia, recordé que aún no te hablé del Teide, y, al intentar recordar qué día tenía que hablarte de ese nuevo amigo (que no te tendré que presentar porque sabes de sobra cómo se llama, y qué hace aquí, en Tenerife, que es erupcionar, bueno, por lo visto desde hace tiempo es más verlas venir, porque nadie se acuerda de la última vez que se manifestó, o,

al menos, no nadie(siempre negativo, nunca positivo) que yo haya conocido, y mira que intento evitar sesgos... especialmente de edad! ;P), pues eso, al intentar evocar aquel día, o más bien aquella noche, solo fui capaz de acordarme de una referencia temporal: la luna, la *purnima*. Aquel día, había luna llena, lo sé porque dudamos a la hora de ir...

- Hoy no vamos a ver ⭐s... con este pedazo de luna...
- Estrellas no, pero... ¡veremos mejor todo lo demás!, ya volveremos en 14 días, con luna nueva... –y le convencí. De lo de volver con luna nueva no hemos vuelto a hablar... así que de eso no estoy tan segura.

Después de nuestras compras (excelentes a nuestros ®j®s, extravagantes -también con x de mixta-, a los de los demás, nos reunimos con Lau para tomar un *barraquito Santa Cruz style*, (porque aquí los *barraquitos* cambian según el sitio... de hecho, el otro día, en Los Cristianos, yo creo que salí piripi y todo... ¡con el café, sólo!), y ponernos al día... ¡Todo ha cambiado desde que nos vimos...! Ya no está tan claro que podamos compartir un pisito con terraza -con vistas al mar, claro- en el Puerto... ni siquiera está claro que me vaya a quedar en el Puerto... ¡qué digo en el Puerto! con todos los currículum que repartí, de Zaragoza a Murcia, pasando por Sevilla (y hasta por Mairena), podrían llamarme en cualquier sitio, en cualquier momento (hasta de Lorca...), en cuyo caso me tocaría a recoger todas mis cosas (y, luego, o montar un rastrillo y venderlo todo –mis gangas de hoy lo primero...

¡pobres!, de rastro el rastro-, o facturar (no una ni dos, sino, por lo menos, tres maletas), y salir pitando para allá, aunque me encante este lugar.

- ... O, bueno, en realidad, quién sabe, igual me dice mañana que el chico sí que se va, y que me necesita allí ipso facto... No sé Lau, en realidad no sé nada... solo sé que no está tan claro, lo del trabajo, de repente.
- Bueno tía, tú tranquila, que seguro que encuentras algo... si no es eso, otra cosa, o buscas en el sur, que hay más trabajo... o en La Laguna, que está muy guay también.
- Pues sí, veremos mañana, de momento, enséñanos Santa Cruz. Mira, yo tengo un mapa... y me ha dicho la chica “que este parque” –“*que te partes*”, dice el corrector, yo no la vi tan *salá*– es muy bonito, podemos ir allá.

Y allá van, los tres *mosquepersons*, Lau, con su nuevo ukelele (que Simon le regaló y al que ella le puso las cuerdas, y lo afinó después, y seguro que le da caña), yo, con mi nueva mochila, ya llena de tesoros (aunque aún le caben más), y Simon, que es un *person*, se ponga lo que se ponga, y, además, puesto que el colega (del *puesto* -¡me encanta nuestro idioma!-) que le iba a vender el sombrero en su (una vez más) puesto, no solo no se lo aceptó, sino que nos echó de allí (con razón, por *su-puesto*) con gorro aún. Pues eso, tres *persons* paseando... Encontramos un parquecito, uno chiquito, poco después de pasar el puente, con uno de esos kiosquitos para hacer música... como el de la Plaza del Teatro

Juan Bravo, en Segovia, como el de Vitoria, que está en el parque por dónde pasa la Senda, y como tantos otros repartidos por España (como vemos, no solo por la península), y, por lo que *Simon dice*, también por Alemania. Y nos subimos ahí, y nos sentamos un ratito. Este no es el parque aún, dice Lau que está un poco más lejos, pero, por el mapa no debe faltar mucho... así que vale, hacemos la parada y seguimos, total no hay prisa...

... ¿O sí? A Lau le entra un poquito, así que nos dice adiós y se marcha, *so happy with her new ukelele*, como dice Simon, justo así se marchó.

Nosotros nos quedamos allí un ratito más, Simon, acabando su birra, y yo, espiando a esa novia tan sexy que se hace fotos en el kiosquito de la música en su, probablemente (porque con tantas pruebas como se hacen para las bodas, yo ya no sé en qué momento se casan de verdad), último día como tal.

Le digo a Simon que se asome...

- She's so sexy!
- I told you! Even I realize she is!

Es preciosa, rubia, lampiña (¡total!), y tiene un cuerpo muy bonito... *Sencilla a la par que elegante*, como diría mamá, y con un vestido abierto por la espalda, un lado solo, insinuando pero no enseñando, diciéndolo todo sin decir nada (como pasa muchas veces con las miradas)... Así, como

embobados, nos tragamos toda la sesión de fotos (que sí, debía ser una de esas pruebas, o es que el novio no quedaba tan bien en las fotos – ¡eso seguro!-, porque no está), en silencio, sin poder desviar la mirada de esa espalda sexy a la que nunca le vimos la cara. Y, en un momento dado, cuando salimos de nuestro embelesamiento para comentar cualquier tontería que no recuerdo, y volvemos a mirar, buscando esa linda espalda... ¿dónde está? no está, ya se fue, como una de esas apariciones de Beatriz Obregón... pero sin olor a nardos.

Como tanto la novia como Lau se han marchado ya, y a Simon le da igual el destino, y yo a donde quiero ir es al parque que me recomendó la chica (con la que dice el corrector que te partes), al García Sanabria, seguimos nuestro camino, que ayer descubrí que es el “camino clave” de Santa Cruz, al menos para mí.

Y fíjate qué suerte, y qué casualidad, ¿no? como siempre... que es el primero que recorremos. No mucho más adelante, lo encontramos (si es que aquí está todo cerca, se pongan como se pongan), y es realmente bonito... ¡y grande!

Comenzamos a subir las escaleras a la terraza de la cafetería de turno (como dice Javier que dice el esbirro a su capitán en Crónicas Marcianas, cuando este insiste en que no arruinaremos ese planeta: ¿Cree usted que no? Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenemos un talento especial para arruinar todo lo noble, todo lo hermoso. No pusimos kioscos de perritos calientes en el templo egipcio de Karnak, solo porque quedaba a trasmano, y porque el negocio no podía

dar excesivos beneficios... (...)), y a adentrarnos en ese pequeño jardín botánico sembrado de especies tan diferentes de las nuestras, exóticas y tropicales (y de cuyo nombre no puedo acordarme aunque esta vez sí quiera, de verdad). Allí encontramos nuestro rincón, en un murete escondido, rodeado de aquella planta que ni siquiera me fijé entonces en si era árbol o arbusto) de la que colgaban las ahora *rastas* de Carlota.

Charlamos un rato, mientras disfrutábamos de los distintos aromas y sonidos... El silbidito de los pájaros (al que Simon no se unió porque no había agua a mano, y echar la cerveza en el silbatillo es un poco así... -o un derroche innecesario de cerveza, según para quién-), el rastrillo del barrendero contra la arena, monótono, rutinario; el balanceo de las hojas, tan diferentes unas de otras, pero en armonía; el murmullo de las conversaciones de los que pasean... unos, con su perro, otros, con sus familiares, sus parejas, sus vecinos... otros, quizá con su conciencia, o con su amigo imaginario... muchos, muchos, sonidos, y sin embargo, sorprendentemente, ningún ruido se escuchaba en aquel jardín (rodeado de carreteras... ¡por los cuatro costados!). Cuando me acostumbré a los sonidos y empecé a oír el ruido, interrumpí a Simon para sugerirle que emprendiéramos el camino de vuelta. Y empezamos a recoger los interminables bártulos que, esta vez no fui yo ;), sino Simon, se encontraban esparcidos por el murete (supongo que para hacer recuento de nuestras nuevas adquisiciones, porque si no, no sé para

qué los sacó). Mientras Simon recoge su mierda, yo recojo, según él, la mía. Según él porque, según yo...

- ¡Molan! No sé qué haré con ello pero algo guay seguro
- ¡No digas tonterías! ¡Anda, deja eso!
- ¡Que no! ¡Que me cabe en la mochila!

“Eso” son las rastas de Carlota. Y las ramas de los arbolitos expositores de pendientes... de momento, porque seguro que pueden ser más cosas... ¡Ah, claro! Y lo que fueron antes de llegar a mí... fruto (o así), y supongo que antes flor ;) Pues no, me colé, se coló la incalable, eran hojas!)

Cuando acabamos de recoger, bueno, cuando acabó Simon, porque yo hubiera podido recoger hasta el infinito... (menos mal que no me dejó), nos dirigimos, tranquilamente, de nuevo al punto de *Origen*, la estación de guaguas, para volver a casa.

En realidad no tenemos prisa, pero a mí, me entra, y a Simon, si es que alguna vez la tuvo, se le quita del todo... y decide parar a tomar una cerveza.

- ¿Otra vez? Llevamos todo el día parando... ¡vámonos ya! yo quiero leer mi libro...

Y paramos. Y yo me porto casi bien. Aunque ponga mala cara (por eso lo del casi), y no hablo, solo escucho (por eso lo del bien). Después de mi no sé cuántos *barraquito* del día, nos

levantamos por fin para volver a emprender el camino hacia la estación. Y esta vez, ya no pararemos más. No sé ni a qué hora acabamos regresando, pero lo conseguimos. En la guagua, empecé a leer, aunque no sé por qué (o no sé porque...) tengo la sensación de que ya había empezado) Las lágrimas de Shiva, y Simon siguió contándome todos sus proyectos, primero, haciendo recuento de todas nuestras gangas, luego, y yo qué sé con qué, más tarde, pero no se calló en todo el viaje ;), y fue porque decidió que yo, como mujer, podía hacer las dos cosas a la vez: leer, y escuchar.

No sé a cuántas mujeres conocerá Simon, ni si tú serás capaz de hacerlo, pero yo, personalmente, puede que sean de las pocas dos cosas que NO puedo hacer a la vez. Menos mal que el comienzo de Las lágrimas es ligerito y fácil de entender... por eso sé que no leía *La metamorfosis*.

Al llegar me fui directa a casa, supongo, porque iba bien cargada... Pero puede que... o a) no fuera tan directa, y diera pelín de vuelta a la Plaza del Charco para pasar por boxes (dice el corrector, gofres le dije yo, pero me mola su rollo), o b) Yerco me llamara poco después, o c) yo pasé por allí, después también, que también puede ser, porque el día que a Julia no le "ape" cocinar (-se un sandwich), es Yerco el que le prepara la cena: Perrito, hamburguesa, o Perrito asado (menú limitadete) y/o el postre: waffles, sí waffles, porque no son gofres...ni crepes). O, a veces, si Ju no solo está vaga, sino también muy pero que muy hambrienta, la cena: Perrito & hamburguesa, y el postre: waffle (s) ;)

Pues bueno, fuera como fuera acabé como muchas noches, paseando en coche por la isla con Yerco. Me gusta, porque las carreteras por la noche (y por el día, pero por la noche más) son sinuosas e intrigantes... (cuando vas de copi, si fuera de pi serían para eso, para hacerte pí, por lo menos yo) y los bordes de la isla se iluminan con las farolas de los pueblitos de la costa... y de los de bien arriba! Claro que las luces de estos pueblitos solo valen para eso, para iluminar sus callejuelas, cuesta (-arriba o –abajo, pero cuesta seguro), y, para mí, para decorar la isla, pero no son como las de Madrid, que con su *prepotencia* (y sus wattios también) parecen querer ocultarnos las estrellas... o llamar a los marcianos a gritos, ¡qué sé yo!

Así que, como yo iba de copi, yo daba las direcciones, y Yerco me preguntó dónde íbamos. Y, aunque no me acuerdo qué le respondí, sí recuerdo la luna, una enorme luna, llena, llenísima, que, aquella noche, lo iluminaba todo. Y también recuerdo que, aunque sabíamos que vendría, justo hoy, llena y redonda, al principio, no fue fácil de encontrar...

Solo en un determinado momento, cuando íbamos conduciendo hacia el este, la encontramos, bueno, la descubrí yo (sí, Bea, fue tu idea), saliendo tímidamente de detrás de la cornisa que nos oculta La Orotava desde Martíánez, la cornisa que separa Martíánez del Bollullo (al que aún no fui), como si supiera perfectamente que esa noche estaba más bella que de costumbre, como si se hubiera estado preparando tanto para esto, que ahora le entraba el miedo escénico... y la animamos: ¡Venga!, tonta, déjate ver...

Pero, por otro lado, me encantaba esa lentitud con la que Catalina se iba asomando, por el este, como si quisiera hacerse pasar por Lorenzo... aquel día, que era cuando más se parecían.

Y luego recuerdo a Yerco decir lo cerca que están las estrellas desde el Teide...

- ¿Vamos?
- ¿A dónde, al Teide?
- Sí, ¿quieres? Aunque hoy, con esta luna, dudo que veamos muchas ⭐s...
- ¡Pero veremos mejor todo lo demás! ☺ venga, sí, total, mañana no trabajo...

Y viramos a estribor... así llegamos a un paisaje desértico, con diferentes tonos de negros, grises y azules, pues así le gusta a Catalina enseñárnoslo, del que intuimos la mitad, y vemos la otra mitad (si llega). Yerco quiere llevarnos al paisaje lunar, a ver *El dedo Dios*, que, por lo que nos cuenta, salía en nuestras antiguas monedas de duro (nota: buscarlas), y que, para él (y para mí también), es más *must de Canarias* que el Loro Parque.

Y lo intentamos... y lo volvemos a intentar, y...

- No te enfades pero creo que me he vuelto a pasar... ¡estaba por aquí!, vamos a dar la vuelta....

- En serio, Yerco, da igual, déjalo, que ya llevamos tres vueltas y son casi las dos de la mañana... Vámonos y venimos otro día, que haya menos luna y más  s.
- La última, te lo prometo, déjame dar la vuelta y, si no lo encontramos, nos vamos.
- Venga, va, pero la última, ¿eh?

Y la última fue, porque, a la tercera va la vencida, lo encontramos, ¡vamos si lo encontramos!

Y, cuando cinco minutos después, tras bajar del coche escopetada y decididida, y caminar diez metros (aún con el mismo ánimo), después cinco metros más (ya no escopetada - y solo decididilla-, sino con cautela y, lo reconozco, pelín de miedo), y luego solo dos más, ahora ya sin mirar alrededor, pendiente solo del camino -vacío y oscuro-, dejando que mi mente haga de las suyas... (de las malas suyas, intentándome asustar con lo que, de día y en otra circunstancia, me hubiera parecido *una mascota muy tierna*, o, según cual fuera esa circunstancia... *un buen ingrediente para la paella...* o *un divertido pasatiempo para una tarde tonta y caliente...*, y que, en realidad, solo era eso, un lindo conejito ☺), “nos encontramos”, mutuamente, el grandullón y yo, nos dimos la mano.

Una vez que aclaramos eso, nuestras buenas intenciones, se acabó el miedo... aunque se mantuvo el respeto.

No duermas tu sueño

El lunes era el día, el día que Tania dijo que

llamaría para contarme definitivamente qué sería de mí. Y, por supuesto, yo estaba segura de que sería que me quedaría, aquí, en el Puerto de la Cruz, en la Plaza del Charco, *alohomora* incluso mejor de lo que esperaba cuando llegué... Seguro que me acaba ofreciendo una media jornada (para compensar mi viaje y para castigar al indeciso a la vez) porque, como bien dijo el viernes, las cosas no se hacen así. Uno no puede decir en su trabajo que se va y, a dos días de su Farewell party, cuando el karaoke ya está organizado, cambiar de opinión... No, no se hacen así, y no se hicieron así,

pero eso es otro cantar (o contar... y bastante cuento ya). Una media jornada que, ahora que estoy aquí, ahora que ya conocí a todos los artesanos de Playa Jardín, y que le cogí el gustillo a montar mi tenderete, y, ahora que lo pienso, puede que sea lo mejor...y, como todos dicen, todo pasa por algo. Si ya lo sé yo, todo pasa por la extraña razón, (¡y tan extraña!). Así pues, solo tenía que esperar esa llamada definitiva, y eso se puede hacer desde cualquier lado (bueno, vale, algo de progreso si es la tecnología, pero vamos que sigo pensando que no merece la pierna, ni el brazo, ni siquiera el dedo meñique del pie... aunque, como todos discrepan menos los Amish (y ellos no creo que me lean porque son más listos que tú... y hasta que tú), me callo. Y me echo a la calle. ¿Que dónde voy? ¿Tú qué crees? haré el recorrido habitual...

¿O no? ¿Qué dijo Yerco de la otra playa? ¿Que había una hippie vendiendo cosas? ¡Sí, eso era! así que decidimos asomarnos por el visillo... y ver cómo está el patio por Martíánez, la otra playa del Puerto.

- ¿Ves las piscinas naturales?, ¿San Telmo? ...

Las explicaciones aquí siempre empiezan por: “¿Ves...?”, y yo, pocas veces estoy segura de ver lo que ellos quieren que vea, porque (o ¡¿por qué?!), si tras ese “ves...”, pones un nombre común, sin adjetivo *ni ná*, es difícil. Te pondré un ejemplo: ¿Ves... esa esquina de allí? ni color, ni tamaño de las calles que cruzan, ni “la del toldo”... inada! pues claro que veo todas esas esquinas de allí... ¡¡¡qué sé yo cuál es la que tú dices!!! Pues así, como casi todas las explicaciones de aquí,

empezó Yerco la suya sobre cómo llegar a Martíánez, playa, no piscinas, porque a esas sí que, si no hay había llegado del todo, por lo menos me había acercado lo suficiente como para ver lo que eran... (*icómo pá no!*) Las olas rompen tan fuerte en esa zona, que la espuma puede verse desde cualquier mirador que dé al mar... y, al caer, creo yo, pasan hacia el otro lado de ese rompeolas, llenando las piscinas naturalmente... que por eso son naturales porque está claro que por todo lo demás son bastante artificiales. Así que, como por una vez y sin que sirva de precedente, el nombre que sigue al ves no fue común sino propio, aunque no las *veo*, *veo* digo que sí, segura de que nos referimos a las mismas piscinas... Y Yerco sigue su (también como casi todas) larguísima explicación, que, en resumen, es: Sigue todo el paseo de las piscinas hasta el final y allí está la playa.

- La hippie está a la izquierda al lado de la escuela de surf...
- Vale, guay –¡¡Qué suerte!! Así que, además de una playa nueva, también podremos ver de cerca qué es lo que hacen (...y *co-co- cómo lo hacen*) para mantenerse en pie en la cresta de la ola.

Caminamos hacia San Telmo, como nos dijo Yerco, hacia esa fuente natural que, sin orden ni concierto, se deja ver por encima de todo. No la esperes para la foto, pues no posará, es mejor que solo te quedes mirando... e intentes adivinar cuándo llegará y hasta dónde. Pasamos el pequeño embarcadero con la estatua de la pescadora (que fíjate si lo hace bien que Pandit pensó que era un mimo ;)), a la que las

sardinas le saltan al cubo... y no al revés, como suele pasar, y seguimos por la callecita escondida, no la comercial ni tampoco la pegada, pegadísima el mar (pues por aquel entonces no pensaba que esa fuera una opción), sino la que va al mismo sitio que esas dos, pero por en medio de ellas, la del Molly Malone... y la del bar donde, en muy buena compañía y con menos olor a fritanga el que César cree, nos comimos las primeras *papas arrugás* (con mojo verde y mojo rojo –Austin estaría encantado en esta isla llena de mojo ;)) de Ana y Carlos, que esperaban, “No sé qué, pero esto no”. Por esa calle, cómo por cualquiera de las otras dos si no quieres seguir mis pasos, que lo entiendo, llegamos a la siguiente plaza, la plaza Europa, con su casa consistorial y su policía local, y con su callejuela hacia la izquierda, por detrás de éstas, que, esta vez, sí que no es una opción. Bueno, lo sería para pescar... o quizás para ver las olas... pero desde luego que para seguir hacia San Telmo, y por tanto hacia Martíánez, no, a no ser que vayas a nado. Eso sí que lo sabía ya por aquel entonces, aunque de poco me sirvió de descubrirlo el primer día porque, como estos dos rincones se parecen tanto, más de una vez intenté continuar por allí... casi tantas como retrocedí en la otra pensando que *me abocaría al fracaso...* (la que nunca se equivoca, ¿eh, Co?). En carnaval, o sea la semana que viene, la plaza Europa será el escenario (bueno, la plaza donde está el escenario... pero es que pierde todo dicho así, tan claro, tan humana-mente) desde donde las murgas no dejen de *dar la murga*. Como se parecen tanto, también me confunde lo de cuál era el antiguo puerto, y si era el Excmo. Ayuntamiento, o esa tienda de artesanía, la antigua

aduana. Así que, como hoy, 20 de febrero, aún sigo confundida (...o confusa... o las dos cosas), mejor no te lo cuento.

Pues eso, llegué a la Plaza Europa, seguramente bajé las escaleras de la izquierda (como el día anterior, y las volví a subir cuando comprobé que había hecho exactamente la misma tontería que ayer), y seguí caminando por la calle comercial, que, ahora sí, es la mejor opción. Subimos el repechín que no soy capaz de subir con la bici, para llegar, casi, a lo que, para mí, y Ana está de acuerdo, es el mejor sitio del Puerto para ver las olas. Y no solo Ana, debemos de ser muchos los que estamos de acuerdo en eso, entre otros, los dueños del Pomodoro y del Rústico, y, entre otros otros, sus clientes, que fuimos nosotros ayer (y casi, anteayer XP). Ese pequeño rompeolas donde supongo que nadie osa bañarse, y si osa, ya puede estar dispuesto a morir. Porque allí, justo allí, el mar no le dan ni un segundo de respiro a la tierra... al revés, la azota una y otra vez, de forma que, ahí abajo, rara vez verás el azul del agua, pues es la espuma la que lo pinta todo, como bien dijo mi filósofa favorita, de color blanco... y allí, está claro, me quedé un buen rato. No sé cuánto ni me importa, no tengo prisa, ahora sería útil tener a mano un minuto inuit...

No voy a decir que cuando me cansé, porque nunca me cansaré de mirar desde allí, pero, en un momento dado, puede que cuando nos congregamos demasiados para ver lo mismo, las olas, desde el mismo sitio, el sitio de ver las olas, seguí hacia Martíánez, paseando por el Paseo de San Telmo,

lo más parecido a un paseo marítimo turístico de la península. Y, después de la ermita, las piscinas naturales, el ficus que no era (pero fue), y el que era (y también fue), justo al pasar este último y doblar la última curva a la derecha, empiezo a ver, y oír, más de cerca, el mar. Sí, hemos llegado, y un montón de espaldas (y tetillas) desnudas al sol nos indican que, efectivamente, estamos en la playa. Una de esas espaldas (y supongo que alguna tetilla también) nos llama especialmente la atención... y puede que nosotras a ella, porque nos mira... y nos habla. Aunque nos sorprende lo que nos dice, muchos lo oyeron antes, y nosotros lo volveremos a oír... más pronto de lo que creemos:

“No sueñes tu vida, vive tu sueño”.

Al llegar a Playa Martíánez, descubrimos su atractivo, que no es la hippie... ni el chiringuito... ni siquiera la curiosa fuente en la que podemos caminar sobre el agua... ni el túnel al fondo del todo que, desde la ventana de César, parece estar al otro lado... Bueno, vale, esto sí es un atractivo, pero más de la casa de César que de la playa en sí. Lo es, porque no solo cambia de lugar ese agujerillo en la montaña (lleno de agujerillos a la vez, y camuflado bajo su *eco-techo*), sino que, con ese primer cambio, se produce otro mucho mayor, el de su desembocadura, su *destino*, que normalmente no vemos desde casa de César, pero que, cuando jugamos con la ventana, nos lo imaginamos... Puesto que entran por la playa, seguro que van debajo del mar, eso está claro, no hay otro posible destino tirando por ahí... así que debe haber un

bonito complejo turístico *All in* ahí abajo, al que solo algunos pueden acceder... igual que aquí arriba, vamos.

¿Seguro? Y... ¿no crees que es más bien otra puerta a Narnia?, ¿otro andén nueve y tres cuartos?, ¿o quizás la rampa del garaje de un DeLorean especial?...

Al final, con tanto imaginar, no te he contado el atractivo de Martínez... venga, voy, es... ¡la escuela de surf! Bueno, más que la escuela, es la gente del surf lo que me gusta, verlos ahí dentro, esperando pacientes a que venga La Ola... y, cuando viene por fin, todos la miran con ®j®s golosones... todos menos uno, que la vio venir y, además, se decidió a acompañarla hasta la orilla...

Por lo que nos contará Andrea más adelante en esta historia que yo hago interminable, los que miran no siempre son cobardes, o lentos, si no puede que solo generosos... como él hoy... tanto, que dejan que La Ola la coja su *colegui*. Son una pequeña comunidad, todos son un poco alumnos y un poco profes, como Silvia y yo, como tú y yo, como todos y todos... "Coleguitas del Mar"... y tienen un saludo cool, claro, es así: § , en plan: "Nos llamamos, ¿va?", aunque no se llamarán, porque igual ni se conocen... (es como lo de la gente con perro, que hablan con los perros de otros, pero no con los dueños... y así se entienden mejor, todos). Creo que lo voy a empezar a hacerlo a ver cómo reaccionáis ;)

Pues allí me siento, en el paseo que sale a la izquierda, más allá de la hippie y del bar... pero antes de llegar a esa otra

espiga de piedra, protegida de los humanos (por su bien) por una valla que pocos respetan... Allí donde ayer con la tía Olga primero y a Elga después, para ayudarme con los nombres, y a Santi, de Cefalú, y al otro señor que también tenía un nombre parecido al de Elga y Olga y que al final, con tanta ayuda, no recuerdo... y me da rabia porque fue él, justo él, quien me dio justo lo que yo quería, como siempre, una botella de agua. Y no una cualquiera, una de cristal... y con un tapón de chapa del Teide (que tuve que abrir con los alicantes... ;)). Allí me senté, a mirar el mar desde un nuevo punto de vista, y a l@s surfer@s.

Y no sé cuánto tiempo estuve allí, ni qué pasó después, porque, como te dije, debí haber empezado a escribirte hace mucho tiempo... pero sé que aquella noche quedé con Yerco de nuevo...

- ¡A la salida te espero! –como en el cole... yo no, mamá, un amigo de un amigo... (¡¡Ramón, seguro!!)

Y le esperé... y le recogí... probablemente no solo *le* sino también *lo*, porque le empezaba por aquel entonces a malacostumbrar... así que, lo recogí (el puestecillo de hotdogs, bueno, los toldos y las papeleras) y le recogí (a él, a Yerco) después, y fuimos a por el coche... y dimos vueltas y más vueltas... ¿Sería ese día cuando fuimos al Taoro...? puede ser, el Taoro me gustó bastante... aunque, como el Teide, solo lo vi de noche... aún. Es un parque en lo alto del Puerto, con un bonito paseo de palmeras y banquitos, y, probablemente, con mucho más... entre otras cosas, unas increíbles vistas... O,

¿quizás fuera el día del skate park? Ese al que Yerco me llevó pensando que yo era una *skater* profesional, para descubrir que, no sólo no soy profesional, si no tampoco *skater*. Creo que también es posible que fuera el día de las dos cosas, del Skate park y del Taoro, o puede que aquel día no fueran ninguna de las dos cosas... Lo que fue seguro, es lo que te tenía que contar ahora, después de lo que sea que viniera antes y después de lo que me dijo aquella espalda jaimista... (como yo). Antes de irnos, a dormir yo y a no dormir, Yerco, me pregunta si quiero tomar algo, y, a mí, aunque no son horas, se me antoja un *barraquito*... así que buscamos una cafetería.

- Hay un sitio en La Orotava que debe ser tipo tetería, que lo abrió hace poco una amiga, ¿vamos allí? Si quieres...
- ¿Por qué no?

Y allá que vamos...

- Pero, ¿cómo?, ¿no sabes cómo se llama, o por dónde está? – le reprocho a Yerco cuando me dice que le pregunte a esos chavales si conocen un *bar tipo tetería por aquí*...
- Pero... ¿qué les pregunto, exactamente?
- Pues eso... si conocen un *bar tipo tetería por aquí*...
- ¡¡Tú estás loco!! Pregunta tú que les podrás decir algo más...

- No, pero tú eres de fuera... te da igual...
- ¡Y qué más da que sea de fuera! Tú eres del Puerto y estamos en La Orotava... ¡también eres de fuera!
- Ya... pero tu acento es de la península...

Y les pregunto (por tu bien, porque habríamos podido seguir toda la tarde...), y me miran raro...

- Bueno, Yerco, yo que sé, es que son muy pocos datos... tú también...
- No puede haber muchos *bares tipo tetería por aquí*... —sigue en sus trece—.

Y volvemos a preguntar... y, así, hasta 3 veces más. Nadie sabe (normal), así que nos vamos...

- Y entonces... ¿dónde vamos? ¿buscamos una cafetería por aquí?
- ¡Ya sé dónde ir! —dice Yerco—.

Y fuimos. Y estaba cerrado... ¡Jooooopé...! ¿Y ahora...? Pues como Yerco ya no tiene más amigos con bares, bueno, sí, Alejandra (y Brendan...)... pero eso aún no lo sé, decidimos parar en el primero que encontramos abierto... (¡Ni que fuera lunes!) y encontramos uno abierto... y paramos. Aparcamos, y

nos bajamos del coche para dirigirnos al *bar-cafetería*.

Cuando, de repente...

- ¡Mira! ¡Ahí hay un *guachinche*! –grita Yerco–.
- ¿En serio? ¡Hala...! Pero es que ya me había hecho a la idea de tomar un *barraquito*... Otro día.
- Bueno... como quieras...

Me había hablado mucho de los *guachinches*, Yerco, siempre quería ir a un *guachinche*... Bueno, más bien, quería que yo fuera.

- ¿Qué es un *guachinche*? –le pregunté yo la primera vez que habló de ellos (y creo que también la segunda, porque se me olvidó... o, no presté mucha atención) –.
- Es un sitio para comer barato y beber vino –me respondió. Y siguió con el por qué–. Los *guachinches* los pone la gente que tiene viñedos, con lo que producen vino... pero no necesariamente tanto (o no necesariamente quieren) como para embotellarlo. Entonces, ponen en un *guachinche*... y sirven su vino para tomártelo allí. Así, ellos no tienen que bebérselo todo... y, como no embotellan, tú, puedes beber vino sin que salga caro... (claro que el cartón no sale nada caro pero hablamos de embotellar, no de encartonar).

Cuando nos sentamos (solos, porque aunque sea tarde para *barraquitos*, es pronto para *guachinches*), observo en derredor (¡toma!). Es una casita de piedra, muy bonita, con un jardín, también muy bonito (pero en el que hace frío para los canarios a estas horas). El comedor está abajo y la barra, arriba, la decoración, sencilla pero acogedora... y original (para comedor, porque, esto en concreto, no nos sorprendería nada en el baño... y no, no es un retrete en medio del comedor –pues eso sería quizá demasiado original, hasta para mí-, son... las paredes). Las paredes del *guachinche* son el lugar donde todos se expresan, un pequeño Internet físicamente concreto, y no como esa gran red abstracta de la que cada día me cuentan más... y de la que cada vez sé menos. “*Peter estuvo aquí*” “*Andrea y Mariajo, friends 4ever*” ... y demás alardes de cariño u/o egocentrismo. “*La vida es una tómbola*” “*Nadie al volante*”, “*El sentido común, es el menos común*” ... y otros alardes de ingenio, locura o cordura. En realidad, me los inventé todos, pues no recuerdo casi ninguno... pero eran alardes, y eran de eso, los ejemplos son solo homenajes personales.

Yerco, que seguía ahí, debió percibirse de mi completo *enmismamiento*... y, para sacarme, digo yo, me sugiere que escriba algo. Entonces, le sonríe, le señaló ese punto exacto de la pared, y le digo

- Ya lo he hecho.

Él, sigue mi dedo y lee en voz alta:

- “*No sueñes tu vida, vive tu sueño*, Firmado: Julia” ¿¿Ya habías estado aquí?? –pregunta sorprendido–.
- Eso parece –le respondo yo, estupefactamente anonadada.

Así acabó el lunes, sin noticias de Tania... aunque con noticias de Carmen, de La Palma, la isla bonita (de Madona no sé, pero la mía seguro), que creo que aún necesita farmacéutica.

- Pero... esto es La Palma, Julia, es otra isla... y empezarías solo a media jornada... –me explica–.
- Ufff... eso ya no me gusta tanto... –se me escapa la sinceridad, a veces– Pero, vamos, que en cualquier caso es trabajo así que sí, si este chico al final dice que no se va, me tendré que ir yo...

Y quedamos en hablar mañana.

Es martes, y Tania siguen sin decir nada a las

nueve de la mañana... así que decido ir a verla. Siempre cuesta más decir que no a una carita de *cordero degollao*, que a una vocecilla de algo triste pero sin saber muy bien si es cordero o lobo, a través de un teléfono. Me vuelvo a poner guapa después de desayunar, como el viernes (de hecho puede que exactamente igual de guapa) y me echo a la calle. Esta vez sí me dará tiempo a llegar al ascensor... y hasta a la farmacia, aunque de poco sirvió.

- No se encuentra... – ¡Pocos son los que se encuentran en este mundo de locos!, me hubiera gustado poder responder a esto en más de una ocasión.

- Vale, no pasa nada –es lo que al final suelo responder–, ¿sabes a qué hora vendrá? ¿Más o menos?
- Pues yo creo que en una media horita o así, ¿has quedado con ella?
- Bueeno, quedar, quedar, no, quedamos en que me llamaba el lunes y como no me llamó...
- ¡Ah! Entonces... ¿tú eres la chica que ya a trabajar por aquí?

Como a ti no te va la vida en ello, como a mí, te subrayo el pequeñísimo detalle que ingenua de mí de nuevo, alimentó mi HOPE. *Va, no iba* así que eso es que sí...

- Por lo visto no está tan claro... –le respondo.

Pero, si a ella mi respuesta no le sorprende, a mí la suya muchísimo:

- A mí me hizo lo mismo...
- ¿¿¿QUÉ????, nada, de estas cosas, *opiamente*, no se habla aquí.
- Bueno, yo vengo en media hora, entonces –otra vez.
 - ¿Quieres que le diga que te llame?

- No, gracias. Prefiero verla –le digo guiñando un ®j®... y me devuelve el guiño.

Como vivo al ladísimo, que para eso me busqué a Peter, vuelvo a casa, y me tomo otro café. Sí, fue lo mejor que se me ocurrió, y una de las pocas cosas que ya tenía, el capuccino vienesés, ese que siempre tomábamos en el Johnny en nuestros tiempos más mozos y del que no me volví acordar hasta hace un mes, durante una de esas mini lunas de miel (de flores) que me gusta pegarme de vez en cuando con cuando bajo a ver a Lau ;), así que en realidad muy nerviosa tampoco creo que me ponga... por el café digo. Como mis cafés duran media hora, mínimo (así soy yo, duchas de 5 minutos y cafés de media hora... ¿en qué cabeza entra? diría mi nuevo housemate y, ahora, también colega de profesión. Pues en la mía, César, en la que pocas cosas entran pero ¡ay de mí cuando se meten para dentro! pues no hay quien la saque), en cuanto me lo acabo, vuelvo a bajar.

- ¿Está?
- No, no está, pásate en otra media horita que ahora sí que hablé con ella y me dijo que en 20 minutillos estaba aquí.
- Vale, ahora vuelvo, entonces.

Y, como ya no quería más café, ni vienesés, ni sueco... ni siquiera un delicioso *barraquito* (porque ya está bien de suavizar la tensión con diminutivos, Flanders), me quedé allí, en la misma puerta, a esperar... y a ver la Plaza del Charco

desde otro punto de vista, con el tercer ®j®... pero el que todas tenemos abierto, no el del bindi. Con ese mismo ®j® seguí viendo las cosas un ratito. Intentaré que no sea un ratazo. "Así seguro que no se me escapa", pienso para mí. ¡Ay, ingenua mía!... ¡no aprendes!

¡Cuán equivocada estaba! Se me escapa, vamos que si se me escapa... y no solo ella, con ella, se me escapa todo de las manos.

Mientras espero, cuando aún no había tenido tiempo ni de aburrirme, darle vueltas al coco (mejor) o, ni tan siquiera sacar el móvil para mirar la hora (*vida sin reloj...ohohohoh*), suena el dichoso smartphone que aún no sé qué tiene de smart, *really*, y, en la pantalla, lo que aún espero leer cada día en esa pantalla: "Farmacia Plaza del Charco".

- ¿Sí?
- Hola Julia, soy Tania.
- Hola Tania, estoy en la farmacia.
- Mira Julia, que... al final el chico no se va.

Ni "lo siento", ni "las cosas no se hacen así"... ni nada de nada, ni rastro del remordimiento del viernes... ¡nada!, solo una frase, una frase que no dejó de sorprenderme, la única frase que no me esperaba... y que vino... y se quedó.

¿Que por qué no le esperaba?, si era opio... dirán algunos.
Bueno, pues para mí no lo era, no lo era en absoluto. Pero,
¿desde cuándo la vida es como la esperábamos? sería un
rollo, por otro lado. Entonces... ¿para qué vivirla?

En mi mente, en esa cabezota cerrada a cal y canto pero de cristal, de paredes transparentes que nada ocultan y frágiles por la ignorancia, todo era muy distinto. Tania y yo nos entendimos por teléfono, en aquella entrevista para la que me preparé más que nunca (porque tuve tiempo, mucho tiempo, y aún más con el desfase horario), hasta un saloncito me preparé. La que hice desde la estación de bus de Gandía, el mismo día que hice la de Gandía, gracias a que Salva fue el único sensato de aquel blablar, pues si llega a ser por R.K. me vengo directamente para acá, y entonces sí que todo esto hubiera sido mi culpa. Y no sólo eso, sino que jamás había conocido a Emilio, el pescador, ni hubiera visto las *cuadriesculturas* de R.K., que tanto me recuerdan a Miquel Barceló (... y él, a ti, mamita); ni hubiera habido mini luna de miel (de flores), ni... bueno todo lo que nos perdemos... a veces.

Después, en directo, el flechazo continuó. Tania era joven, como bien deduje por teléfono (mini-punto), y con ganas (cosa que también deduje... venga, otro mini-punto de consolación). Además, es simpática (no como la del otro día) y alegre, es agradable tomar un café con ella y hablar de planes y proyectos, de lo que ya hace, y de lo que le gustaría hacer en su farmacia... y de lo que podríamos hacer juntas.

Así que, en mi cabeza, todo estaba claro. Igual que lo de Cipriano fue un "flechazo espiritual" lo de Tania fue un "flechazo profesional" y, como en todo flechazo, uno solo ve lo que quiere ver y oye lo que quiere oír, y, cuando el viernes me dijo: "El chico DICE AHORA que NO SE QUIERE ir, cuando hasta ayer decía que sí", yo escuché:

... DICE, que no es mucho decir, irónicamente,

... AHORA, o sea, hoy, en este instante, en caliente, y

...que NO SE QUIERE ir, que no es "que no se va", porque, al menos en mi vida, muchas veces hubo en las que yo tampoco me quería ir... pero me tenía que ir... y me fui. O veces que yo me quería ir, pero me tenía que quedar... Justo eso me pasó hoy, y eso sí que ya te lo contaré, en frío, en la nieve si hace falta ;), y me quedé.

Pero resultó que todos esos puntos que yo tomé como pilares de apoyo no eran más que el dejé canario, su forma de hablar, como el "mira..." o el "*mi niña*". Y, cuando luego dijo que "las cosas no se hacen así", y que lo sentía mucho y que "voy a mirar las vacaciones pronto y seguro que ahí sí que podremos hacer algo juntas"... me seguí aferrando a esas pequeñas raicillas de ficus que aún no habían alcanzado la tierra y que de momento no eran sino lianas intentando sobrevivir, hacerse fuertes, y encontrar el sentido de su vida (¿raíz o rama?), pero que en mi mente, y parcialmente ocultas por culpa de nuestra pequeñísima mirilla (electrónica, como la de San, y la de su abuela, que fue la original) al

mundo, eran fuertes y grandes raíces supraterráneas, perfectas para un chill out plagado de velas... y puffs... y cojines... y columpios... y un tonel, y un tipi, y... lo que le quieras poner.

No son solo los enamorados los que oyen solo lo que quieren oír, y ven solo lo que quieren ver, todos lo hacemos. Pero hay situaciones como esta en concreto, cuando hay amor de por medio, en las que esa selectividad selectiva se multiplica exponencialmente...

Hasta tal punto que no solo oímos sólo lo que queremos oír, sino que esto es LO ÚNICO que oímos, solo eso, NADA MÁS.

De hecho, en este caso que nos atañe ahora, no es lo que queremos oír, sino lo que NO queremos oír, eso es lo único que tú oirías si yo te contara todo esto por teléfono:

- *Mamá, no estoy trabajando en la farmacia... ¡pero estoy genial por todo lo demás! Conozco a todos, hablo alemán, inglés... ¡y sueco!, aprendo a hacer macramé con Javi (el canario), les pido plumas a todos los que tienen pájaros, y trabajo a todos los que tienen farmacia; limpio la playa, los parques y los barrancos, y me ilusiono con cualquier tontería (o pluma... ¡o huevo!, ¡blancos todos!) que encuentro en mi tarea... Aprendí a usar las zapatillas de ruedas, y a cambiarle la rueda de atrás a una bici plegable (que parece fácil), a plegarla aún no :P... y, puede que, si me quedo, también a hacer body board, como Alfonsete.*

Pero todo eso, todo lo que hice, lo que vivo cada día y que son tantas cosas que las tengo que apuntar por la noche (y, aún así, resumir) todo eso, no lo oirías. Ni nada que te pudiera decir después. Podría hasta contarte que me quiero comprar una finca... y ni siquiera eso te enfadaría, porque solo habrías oído:

- *Mamá, no estoy trabajando en la farmacia...*

Y es normal, totalmente normal. Si yo tuviera una hija, me pasaría lo mismo... Y no, creo que no he pensado en cómo reaccionaría si ella, para decirme de una vez lo que pasa, me escribiera un libro. Pero quiero creer que me reiría... y, bueno, con eso ya me doy con un canto en los dientes, con que te rías, que la vida son dos días.

Pues nada, las cosas finalmente (o inicialmente) no fueron como las esperábamos y aunque eso me preocupó, me preocupa y me preocupará (por lo menos hasta que me leas), también creo que de todo lo que te conté que hago en el párrafo anterior (venga, léelo, te dije que no lo escucharías... y que es normal...), casi la mitad no lo hubiera hecho si todo hubiera ido como esperábamos. Y, como te contaba, la vida hubiera sido mucho más aburrida y tú no tendrías regalo de cumple (que en verdad igual lo preferirías).

Aunque hoy pienso que así la vida es más divertida, ese día, bueno, en ese momento en que todo dejó de ser como esperaba, me hundí, y lloré... aunque quería estar contenta, y pasar un bonito día celebrando mi trabajo, aunque fuera de

media jornada, mi bonito día se venía abajo... por culpa del trabajo :(

Y volví a casa, a cambiarme de ropa (¿para qué me pondré yo guapa? pero, sobre todo, a llorar. Y me concedí por lo menos 5 minutos solo para eso. (Y sé que aquí las dos, tanto la destinataria inicial como la final, me entendéis perfectamente).

Ahí, me atasqué. Como bien dijo Roberto (y yo ni me había dado cuenta), por H o por B (¡qué curioso!, como los lápices...), ahí, dejé de escribir. ¿Por qué? Pues porque cuando tuve esta idea, cuando pensé que te diría esto (justo esto) por libro, en vez de por teléfono o por *wassap*, estaba segura de que te lo acabaría contando cuando fuera "una anécdota en vez una preocupación" y resultó que, por mucho que intentara ralentizarlo, no sé si volun-

involuntariamente, finalmente no va a poder ser así (del todo) y yo sigo preocupada...

Pero aquí, escuchando a Maikel Luna ☺... con John...
¡Aplausín!

Y hoy, llegó el momento de desatascarme de nuevo... y qué mejor manera que volviendo a Playa Jardín, por Mequínez, en bici. Así me salen las ganas, la alegría, se me sube la bilirrubina, y te puedo seguir contando qué fue de mí aquel martes, el martes que todo se vino abajo (¿o arriba?)... y es que fue verdad que lloré, pero muy poquito, al final ni siquiera 5 minutos fueron, menos de los que tardé en cambiar el chip (pero qué pureta que soy). Haciendo caso omiso a Peter (pasando de él, para los de la LOGSE) encendí mi *smelly thing*, y me entregué a mis Dioses, dejando de lado mis demonios.

Allí, en Playa Jardín, decidí desatascarme, retomar esta historia allí donde empezó, donde yo pensaba que empezó... Pero, acuérdate, de que eso sólo fue un *alarde de apócrifa dignidad* (los de la LOGSE os saltáis esta frase, mejor), y de que “lo mío” era la prosa, y de que, en realidad, empezó en

un aeropuerto... como casi siempre. Y aquí estoy, Co, aunque te hubieras olvidado, en el aeropuerto de Tenerife, donde de verdad, de verdad, empezó todo...

...y donde, casi seguro, también acabará. Esta vez sí, aquí acaba algo, algo muy gordo que ni con todo el dinero, ni con todo el esfuerzo, ni siquiera con un buen pedacito de océano de por medio, había manera de que acabara para mí. Se acaba ser "Julia, la persona" para empezar a ser "Julia, Julia" o, bueno, Aladina, *pá los amigos*. Y es que, precisamente por no haber sido capaz de decir: *Mamá, papá, quiero ser plumista...* (y si lo dije, fue con la boca chica), solo por eso estoy aquí, otra vez, para acabar lo que empecé. De quién fue la culpa de que lo empezara, ahí no me voy a meter, porque, si algo sé, además de que nada sé, es, que la culpa de casi todo lo que me pasa es...

del karma, está claro.

Después de despertar a mis Dioses, y acunar a mis demonios, me eché a la calle. A esa calle Blanco, bulliciosa noche y día (de día, por los estrechos pasillos que quedan a ambos lados de las terrazas, y de noche, amplia y diáfana, para delicia de los zigzagueantes peripatéticos...), y que yo me encargaba de custodiar desde mi balcón verde... y recorri mi rutilla habitual. Aunque creo que esta vez varié un poco... y, en lugar de ir por Mequínez, o por detrás, por la que quiero hacer aún más linda que Mequínez, como aquel martes necesitaba un abrazo, y, sin contar con John (que seguro que está más que dispuesto), Dave (que ya se fue) y Yerco (que no

es muy de abrazos) -con Jessica aún no tenía confianza, no tanta-, solo se me ocurrió una persona a quien pedírselo: Rosa Mari, de la pensión. Y por eso decidí variar, y echarme por la calle San Felipe, mi primera calle en el Puerto y, ahora que lo pienso, la única farmacia del Puerto donde no di mi currículum...

¿Por qué? Pues eso mismo pienso yo, ahora, manda *gue*, pues porque nunca la pillaba abierta... y, al final, se me olvidó.

Bueno, por el abrazo y por qué tenía que avisar a Rosa, como ayer debería haberte avisado a ti (porque como por lo que sea te dé por llamar entonces sí que te vas a enfadar), de que no de que no hacía falta que viniera a propósito a *esa* farmacia a por los ibuprofenos (o lo que fuera), porque la probabilidad de que me encontrara allí era, con todos mis respetos a Don Nike, nula.

Y Rosa alucinó, alucinó con mi historia, como alucinan, alucinaron y, probablemente, seguirán alucinando muchos, vosotros entre otros... ¡qué carajo, vosotros los que más! Pero no, lo gracioso es que la mayor sorpresa de Rosa no fue cuando se enteró que me había recorrido 2200 kilómetros (o millas náuticas, mejor, pero para eso, aunque sería más apropiado, tendría que llamar al tío Antonio, del que aún no me creo que hable dos veces en el libro ☺, y, en solo dos días, el maldito symio ya me ha avisado de que “ha superado el 80% de su bono de 100 minutos”) para venir aquí, a su pensión, a *Hacer que sucediera*; ni cuando le conté que antes de eso me había recorrido toda la península en 10 días... No,

la mayor sorpresa para Rosa fue descubrir que yo, “*Julia, Julia*”, era farmacéutica

- No, no puede ser... - repitió incrédula- Tú tienes pinta de artista, de tocar, de pintar, de cantar... no sé, pero ¡no de farmacéutica!
- Pues sí, soy farmacéutica. Pero vamos que sí, si de algo tengo pinta, seguro que más de artista que de farmacéutica, por lo menos hoy.
- Seguro que te sale algo mi niña, ya verás, con el carácter que tú tienes te va a ir bien seguro, ya lo verás.

Rosa me tranquilizó, me recomendó que no me preocupara y que tuviera paciencia. Y sí, nos alegramos... de haber decidido cambiar de ruta para ver a Rosa, primero... y después, de esos extraños motivos que, cuando ya habíamos decidido que no la molestaríamos si estaba dentro, y que solo si estaba en la puerta, bajo su lema, dándole al vicio, le contaríamos nuestra historia, volvieron a hacer de las suyas, sacándola a la puerta justamente cuando yo llegaba a la altura de la pensión... (y de la farmacia), y me alegré porque me gustó verla... y, aún después, algún día más cambiaré la ruta para verla, para ver si tiene sitio para mis invitados (porque yo no) o, simplemente, para volver a leer su frase, esa frase que tanto me gustó esa frase que hacía de pie de foto cuando yo fumaba en el balcón y que sin embargo no lo leí hasta mucho tiempo después:
Tienes que hacer que suceda.

Más contenta ya, una vez que Rosa me abraza, y me predice un futuro mejor, continúo mi camino con un solo destino: la playa. Llego, bajo las escaleras del castillo, y me dirijo a *La Rampa de los Artistas*, que, de no ser por Alejandro (en general) y por los chicos nuevos (ella con la guitarra y él, con el saxo) (bueno, y por Neptuno... idigo Poseidón!), sería más bien el Paseo de los Artesanos. Te los cuento: primero está él, Alejandro, con su guitarra (que *lo mismo la echo de menos, lo mismo, que antes le echaba de más...*), su sombrero, sus gafas, y su melena blanca... Sí, escondido, ahora que lo leo... pero a la vista de todos...

Seguimos bajando la rampa hacia la playa, y llegamos a la primera curva (a la izquierda, *ras*, que esta es cerrada). Aquí, hay más variedad, más movimiento, es un sitio codiciado por unos y respetado por otro (o esa sensación me da a mí). Unos días está el tipo de los ceniceros de lata, que más adelante se aburriría de ceniceros y añadiría los bastones tallados e incrustados a su improvisado tenderete. Otros, vinieron los chicos gallegos (que creo que eran, pero quizá no, una parejita), ella creo que hacía cosas de cuero o macramé... él, unos dibujos bastante curiosos (a la par que graciosos), rollo collage, un poquito irónicos y reivindicativos (son chulos, a Martina le gustan más...) Otros días, el sitio lo ocupa Poseidón, en realidad él se pone en la curva, pero por fuera, los otros, por dentro, en esos palos para arriba que nunca me fijé hasta ahora si son una escultura o qué narices (sí, eso es, con los brazos así: ~, entre *La Ola* y *Como una ola*). Poseidón sale los días que no hace mucho calor... o eso espero, porque

su traje es muy guay (y muy verde) pero también tiene pinta de ser bastante calentito. También allí, te decía, el otro día fue la pareja entrañable: la chica pelirroja, con su voz y su guitarra, y el chaval negro, con su saxo, los que nos amenizaron la velada. Eso fue anteayer, cuando volví, después de mucho tiempo, a la playa (sobre todo, pero también a buscar al Canarión... para acabar mi brazalete, y darle un *abrazete*...

¡Y las gracias!... ¡que ya no sé ni si se las di!).

Seguro que otros pasaron por allí en los días que yo no estuve, porque justo ese es el único que, por respetado por codiciado, por lo que sea (puede que por la escultura ;P), nunca está vacío. Después de la curva (ras) viene otra recta, y aquí son unos cuantos también, pero, esta vez, todos juntos, como una familia ;) empiezo por Martina (*patina, patina*), porque fue a la primera que conocí. Martina, y su perrita blanca de cuyo nombre no puedo acordarme, es verde, como yo. Tiene los ojos verdes muy bonitos y lleva un pañuelo verde, a juego con el de su compi de cuatro patas. Me habló porque le gustaron mis zapas (del Rastro de 2 €), o quizá fui yo la que le habló... porque me gustaron sus piedras (bueno, las que piedras que ella pinta), pero el caso es que hablamos. Con David, su “compi de local” no hablé hasta mucho después... no por nada, casi siempre que pasaba por este punto de la rampa, David estaba sumido en asuntos, ventas, o conversaciones en las que no creía oportuno intervenir (... ide verdad!). David es intrigante, sus ojos parecen leer tu interior... o pedirte que seas tú quien los lea a ellos... pero no

siempre es fácil, por lo menos para mí. Lo que sí sé, es que me gustan sus abrazos, son grandes y fuertes, como los de John... y como los de Javi, al que enseguida te presento.

Después... después, depende de donde mires. Si caminas por la rampa hacia abajo, por la derecha, mirando al mar, quizá ni te percatés de los montones de ojos que te vigilan desde muy cerca... aunque sí puede que te tropieces con Ramón; pero, si vas por la izquierda, porque te acercaste para mirar las piedras de Martina, o las joyas de David, o, simplemente porque el flujo de personas que lleva por ese lado de la rampa, entonces no te los puedes perder (papá seguro que no se los pierde, ni aunque fuera por la escalera en vez de por la rampa... XP), las figuritas de madera talladas de Ramón, una detrás de otra, todas juntas pero sin estorbase... respetando su *Lebenraum*... y mirando el atardecer, porque Ramón y David rara vez se van de la playa sin esperar al sol. Y se acabó la *Rampa de los Artistas*, lo que viene ahora sí que es el *Paseo de los Artesanos* y empieza con Javi (te dije que ya te lo presentaba, impaciente). Entre la *Rampa de los Artistas* y el *Paseo de los Artesanos* queda solo una cosa, el contenedor, perfectamente y estratégicamente (y esto que me diga el filólogo si se puede hacer, porque para mí es demasiado, tanta mente) colocado, al lado de la playa (para que no tengas que dejar allí las toallitas húmedas (que usan, no sé para qué, pero, en cualquier caso, demasiado), ni las latas de las cervezas que te tomaste mirando al mar (... o las tetas de aquella), ni la crema solar que le echaste a tu bebé (para estar en la sombra), ni los restos de la sombrilla

(que el viento se llevó...); y al lado del paseo, para los que no fuisteis a la playa en plan “*ir a la playa*”, sino en plan “*Vamos a dar una vuelta*” o en plan “*Vamos a tomar un café*” o en plan “*Vamos a ver si está Julia*”;) –eso aún no, pero pasará seguro–, pero también acabasteis allí, en el *Paseo de los artistas*.

Javi el primero, y algo me dice que lo seguirá siendo por lo menos un rato. El Canarión tiene su mesa y su sombrilla, o sea su puestecillo, siempre en el mismo sitio, en el banco verde que está entre el contenedor y los baños de la playa, un sitio estratégico, su sitio. Nunca le pregunté cuánto lleva allí, pero sé que mucho, seguro, porque todo el que quiere ver al Canarión, mañana o tarde, con sol o con lluvia, caiga lo que caiga, pasa por allí. Y es bastante fácil saber si está. Por la sombrilla (sí, es bastante grande, como toda sombrilla (al menos comparada con un paraguas))... y la mesa, opíamente, pero no es eso lo que nos indica que Javi está en la playa... cualquiera puede tener una sombrilla, y ni siquiera sé el color), lo que no tiene cualquiera (bueno, aunque justo aquí, en el Puerto, ya van dos), son cinco perros (o cuatro, creo que son los de Javi): Chico, Sombra, y la parejita. Si están los perros, está el Canarión, y si está el Canarión, por supuesto que iré a verlo.

Si Martina era, según mis notas, la “*Green Girl –stones*”, Javi es el “*Blue Boy –stones (as well)*”, but also with the thread, que es más entretenido... (¡desde luego!). Con Javi tampoco hablé aquel día, ni ningún otro, porque con él, como con John y Dave, dejé que fueran ellos los que se acercaran...

¿por qué? Porque, por dentro, sabía que lo harían (... y así se hizo). Se acercó, muchos días después, después de que yo me atreviera no solo a formar parte de esta gran familia de artistas, uniéndome a ellos (en cuerpo y arte... sobre todo a Martina), si no el día que me atreví, además, a ser yo la única *artista de la rampa*, sin contar al maestro Alejandro. Ese fue el día que Javi se nos acercó, y ese fue el día que no vendí nada... pero gané un colegui, un tronco que no se ofende si se lo llamo ;). Como ayer, que sí vendí (aunque hiper barato... - yaaaaa), pero que lo más importante no fue eso, sino que hice una amiga nueva (Ana), y que acabé mi brazalete de macramé, mi primer brazalete de macramé, aunque me encanten, porque nunca me los pude permitir... ¿y ahora? ahora me los sé hacer (iesa!). Eso fue justo antes de volver aquí, donde el reloj va por delante, las cosas van más rápido y la gente con más prisa... ahora, justo ahora que estaba aprendiendo a tener paciencia. Bueno, Ju, que pierdes el norte (ojalá, no caerá la breva), *El Paseo*. Pues eso, el primero, el Canarión, el segundo, Picasso, y el tercero... yo creo Miguel Angelo, por lo menos. Picasso pinta -estaba claro- pinta piedras, como Martina, pero diferentes (mejor, ¿no?), atardeceres, paisajes, naturalezas muertas... o vivas... o como, él dice, ¡hasta escudos de fútbol, lo que haga falta!, todo por el público... -así es, así tiene que ser, si quieres vivir de ellas-. A Miguel Angelo es al único que he bautizado yo, uno de los pocos a los que aún no conocí... Él no se acercó... todavía, y, aunque nunca se sabe, dudo que lo haga. Se le ve introvertido, o, simplemente, no tan parlanchín (muy simplemente). Supongo que, además, por ser extranjero, el

acercamiento no nos pareció *tan fácil*... a ninguno de los dos (a mí me pasó, el quizá no haya reparado en mí). Y, si no ha reparado en mí es, probablemente, porque el pobrío tenía otras cosas que reparar... Me explico, Miguel Angelo me recordó, lo primero, a ese señor que vino a La Granja (*la más hermosa*) el año pasado, cuando La Gran Nevada... ese que nos sorprendió a todos con su bonita (y cambiante) escultura de hielo. Él (como yo ;P), también venía de Canarias, de hacer esculturas en la playa, con la arena... -aunque en las fotos que yo recuerdo su arena era blanca, no negra, así que supongo que no era de aquí... no del Puerto, por lo menos...- y, cuando la arena le quemó, voló en busca del frío hielo... y llegó a La Granja (algo así como meinen Gegentail). Y... ¿qué tenía Miguel Angelo que reparar? ¿Qué me hace pensar que aún no reparó en mí? Pues algo que ni siquiera sé de primera mano - pero que quizá sí me pondría la primera para echarle una mano (... al cuello, al que lo hizo, o sin más, a Miguel Angelo)-, por lo que Keith (el amigo de la jet set... y de Paulo Coelho) me contó en nuestro primer paseo juntos, el primer día que me puse aún más allá de Picasso y M.A (... y el último, porque ni siquiera es cómodo). Me contó que, durante los carnavales (o después, cuando fuera, pero hace solo unos días), unos hooligans se habían dedicado a demoler, no solo el castillo, que tanto le costó construir con el sudor de su frente... -y que no era solo para él, como suelen hacer los faraones, los sultanes, y todos los que, aún a día de hoy, pueden construirse un castillo... el de M.A. no, el suyo es para todos, para ti, para mí, y hasta para el **** demoledor-, sino también todos los montes, con sus bosques, de árboles de

copas nevadas como los tejados, sus murallas y cada uno de los edificios que completaban su fortaleza... El Valle también quedó arrasado, nada ni nadie sobrevivió... Ni siquiera el Teide cabreado hubiera organizado tal desastre con su rugir.

Y, desde que sé eso, las tres veces que pasé cerca de M.A., aunque él quizás no me haya re-parado, yo le sonréí, le sonréí y le intenté gritar ¡Ánimo, artista (del *Paseo*)!, con una sonrisa (que, para mi gusto, siempre es mejor)... ya me enteraré de si se enteró.

Probablemente no llegara tan lejos aquel día, porque aún no sabía que Playa Jardín iba más allá de lo que mi vista me intentaba hacer creer, y seguro que me senté en mi sitio, en el sitio donde, desde ayer, seguían mis piedras, mis colegas, que no mis troncas XP (¡qué malo!). Y coloqué mi sábana india (de arriba, que si te acuerdas no se dice igual que la de abajo... y una de ellas sonaba muy parecido a burro –en hindi también–), con cuatro piedras (no volcánicas, de las que pesan), una en cada extremo, y dibujé mi brújula en la arena (a estas alturas, aún me estaba familiarizando con el Puerto). Hecho esto, orientada y ubicada -cosa que papá seguro que dice que nunca he estado-, empiezo a sacar *apichusques*... Primero, colocaré los que tengo hechos... -por si alguien los quiere ver, mamá, no para vender- y luego, me pondré a hacer más... -por si alguien los quiere comprar, que los demás los pueden seguir viendo ;)- Dicho y hecho, los coloqué, los cambié de sitio veinte veces, saqué otros tipos... los volví a guardar, busqué más piedras, giré las que tenía... cambié la orientación, saqué los pendientes, me di cuenta de que se

habían estropeado en la tela verde nueva (era mejor la de cortina), y de que las plumas parecían de un pavito recién levantado... así que volví a esconder los pendientes... y saqué las pulseras. Pero no había forma de exponerlas bien, así que también las escondí... y al final dejé solo los collares -lo que me gusta a mí-, y a Indalecio -mi *logoscota*-, y me senté a trabajar frente al mar, que es, de todos los, según Sara, muchísimos trabajos que desempeñé, el que más me gustó. Y, por ello, en el que más me empeñé.

Una pareja se sentó a mi lado, y otras, algo más allá... y muchas, en la “espiga de los enamorados” -desde donde me habló la parejita (y el propio John), el día que conocí a John-. Luego, una familia vino a buscar conchas... o a jugar con las olas, o a las dos cosas, o a ninguna... y la tarde fue llegando... y pasando, después.

Hice muchos, bastantes, medité, seguro, y recogí piedritas, y basura, casi seguro. Y llegó el atardecer... el momento que yo esperaba, el bueno para conseguir que mis fotos – mediocres- fueran, al menos, pasables, para poder añadirlas, después, a un nuevo álbum en la página que quizá nadie vea nunca. Y me puse a ello, hay que ser rápido con el sol... es igual que una galleta María (como tú de pequeña), no ha hecho sino sumergirse en el colacao un poquito y, cuando te quieras dar cuenta, ya no queda galleta.

Así es el atardecer, bello pero efímero, naranja, y amarillo y azul... ¿o es rojo, y morado, y azul también?... y negro... y

blanco... hace unos días, blanco y resplandeciente, de día... y de noche.

Cuando acabé mis fotos, que fue un minuto después de que la galleta se sumergiera por completo en el colacao (para que no se ofendan, pero es un nesquik seguro), me puse a recoger.

- Can I just have a look? –me pregunta la chica, guapísima, de la de la pareja que se me sentó al lado... la primera.
- Of course! You can also try them on, if you like.

No sé si se lo llegó a probar... Tue era él, el nombre de ella lo olvidé, pero no su cara... era la profe de yoga más bonita que he visto nunca... y muy, muy, simpática. No, no se los probó, porque no eran para ella, sino para sus chicas, la de él, y la de ella, un recuerdo de las vacas a las que no pudieron ir (pero que, probablemente, aprovecharon como toda hija), eso era lo que buscaban, algo de aquí... Por eso “les gustaron mis piedras”, porque eran de aquí... Pero luego, les gustaron más las suyas...

- ¿Podrías hacer uno con una piedra que cogido él?
- Sí, claro, supongo, siempre y cuando tenga por dónde agarrarla... y estéis dispuestos a sentaros aquí conmigo, a entretenerte mientras lo hago.
- Of course!

Dicho y hecho, allí se sentaron, a entretenarme... o a que los entretuviera yo a ellos. Tue era simétrico y simple (ella, todo lo contrario, y se entendían), así que no sólo quiso elegir sus propias piedras, sino que mis collares ya hechos, complejos y asimétricos, no le acababan de convencer... y quiso elegir también las cuentas.

Como tú, según tú, solo vales para estudiar, te explicaré lo que significa eso, yo que solo valgo para reciclar. Que Tue quisiera elegir las cuentas era, básicamente, una putada. ¿Que por qué? pues muy fácil, porque elegiría las más bonitas (de las bolitas). En la caja de cuentas que conseguí en el Rastro (más por la caja que por las cuentas), hay muchas cuentas, miles de ellas... pero, de cada mil, cuatrocientas son pequeñas bolitas verdes, y, otras cuatrocientas, bolitas naranjas, de hecho puede que fueran cuatrocientas cuarenta de cada una de esas, si es que había mil, y las otras 20 (o menos), eran diferentes... y claro, como todo diferente, más bonitas... Esas fueron las que Tue quiso.

- Solo la piedra y una cadena –dijo primero.
- Vale, como quieras...
- Bueno... de hecho... ¿puedo ver las cuentas?
- Sí, claro, ahí están.
- Oh, gracias.

Y así fue como, de mis veinte cuentas diferentes, que llevaba días reservando porque nunca encontraba El Collar, ese que me pareciera lo suficientemente bonito (e importante) como para invertir en él las mejores cuentas, solo quedaron dieciséis. Porque al final, como le gustó **su** collar, hecho con **su** piedra, y mis mejores *apichusques*, quiso otro. Y bien y le salió la cuenta, pues tu hermanita tiene mucha cara para algunas cosas... pero no tanta para otras.

Así fue, mis primeros clientes... y mi primer encargo. Cuando acabé sus dos collares, Tue y su chica -de nombre yogui-, no solo no se habían aburrido de mí, ni de mis collares, sino que aún querían más, más Tenerife, más vacaciones... y más Julia☺. Y sacó una tercera piedra del bolsillo, una con forma de corazón...

- ¿Qué puedes hacer con esto? –pregunta Tue.
- ¡Uy! Esa es muy grande... Si te la engarzo con aluminio, te va a durar two *telediaries*...
- Y taladrarla... ¿podrías?
- ¡Pues claro! Puedo intentarlo, por lo menos... que para eso me pasé un año entero portándome bien...
- Sorry?

- ¡Ay, perdona! Que sí, puedo intentarlo, tengo el taladro que me trajeron los Reyes... pero en casa, me la tengo que llevar... ¿cuándo os vais?
- Nos quedan 3 días aún, así que vale, llévatela y venimos a por ella mañana.
Me dicen lo que quieren, cómo lo quieren, y por qué lo quieren (aunque esto último no hubiera sido necesario, bastaron sus miradas... y la forma de la piedra), nos damos los teléfonos para poder vernos mañana, y nos despedimos.
Ahora sí que me voy a casa... ¡tengo un encargo!
- No tan rápido, amigueta –dijo el mundo—... Tendrás que decir adiós...

Pero, antes de decir adiós, siempre se dice hola, y Simon acaba de llegar.

- Hello Darling! ☺
- Oh! Hello my friend! How is it going?
- Good, everything is good... and you?
- I'm good too. I just sold two necklaces (or given them as a present... almost), so I'm very good, actually.
- Oh, good, I'm happy for you, then... Yo tengo tantas cuentas... ¿sabes?, cuentas, hilo... lo único que me falta son los cierres... no tengo ningún cierre...

Y Simon siguió hablando. Y hablando, y hablando... de los cierres, primero, de sus miles de cuentas preciosas, después, y de su amiga "la artista", que vende collares por cientos de *pounds* en no sé qué London Gallery...

- Bueno, ya está bien, ¿no? con tu amiga la artista... –ya me habló de ella ayer, de lo súper creativa que era, de que con cualquier cuenta te sacaba un collar exquisito, precioso.
- Ella es diseñadora... no como tú.
- Vale, Simon, me alegra por ella... -y es verdad, me alegra un montón- Pero yo no soy ella, y a mí me gusta venderlos por céntimos de € en la playa, en vez de por centenares en una London Gallery, así que está bien.

Así zanjo el asunto de la artista, que, aunque me alegra por ella, ni la conozco, y paso de invertir mi tiempo en saber más, y mi esfuerzo en recordarlo*.

- Oye... y la bici, ¿qué? –le pregunto cuando está volviendo al tema de sus infinitos proyectos en equipo, para los que tiene todo menos el equipo, y a su rastro personal, que quiere montar con toda su M, pero para que el que necesita mano de obra barata... y un coche... y dinero...
- La bici te la vendo por 50 €, ya te lo dije, es igual que la mía pero azul, y está mejor...
- Pero, ¿tiene cestas?

- No, pero se las ponemos. Yo necesito cash, así que, el primero que me la pague, se la lleva, hoy mismo me dijo un colega que me la compraba...
- ¡No! ¡Simon!, es para mí, porfa, no fastidies, que yo te lo dije.
- Esto es así, my friend, la pela es la pela, el primero que I pague, se la lleva.
- Déjame ver... solo tengo cuarenta, aquí, me faltan diez...
- Dame los 40 y es tuya, ya me darás el resto.
- ¿De verdad? Pero, entonces, ¿me quedo con esta?
- ¿No dices que prefieres esta? Yo me subo en taxi... total, la iba a dejar abajo igual.

Simon vive en La Paz, ese barrio por encima de Martíánez donde los cudriculadamente puntuales alemanes, se suben para llevar una vida ordenada... con interminables colas en las que nadie de la vez, con salchichas de medio metro - acompañar de col a marga (y a Gabriel, sí, pa)-, con zapatos de mujer que empiezan en el 39, y protectores solares 100+... la misma vida ordenada que suelen llevar en *Deutschland*, pero con . Ahí pasan el invierno, en paz, en La Paz. Cuando llega “el verano” se van, vuelven a su orden innato -que está por todas partes, como el arte en Berlín, sin tener que

buscarlo... o incluso crearlo...-, a sus semáforos con sombrero, a sus bicis y a su cerveza (mucho más cara, claro), o... a sus ¡bici-cervezas! Y así es como (por lo que me han dicho), a partir de marzo, las casas se vacían y los contenedores se llenan, los alemanes se van, y vienen los peninsulares (vosotros ;)), pá los amigos, godos pá los no tan amigos...

Pero pienso que Simon no es de esos alemanes, no tiene pinta (muy mal, prejuiciosa) no, él no será de esos, porque también me habló de La Gomera, de cuando vivía en una cueva y repartía chai en la playa, a la hora del té (como en India), y del sur... siempre habla del Sur, muchos hablan del Sur... *Pero el sur no es bonito...* Eso también lo dicen muchos, casi todos, de hecho. Está lleno de hoteles y playas... y de guiris y rusos. Cuatro palabras me han dicho, solo cuatro, y, la verdad, no me entró ninguna prisa por ir pa'l sur.

Como es verdad que lo prefiero que yo prefiero esa, se me pone una sonrisa en la cara, de esas que no le gustan a Lau...

- Entonces... ¿ya está?, ¿me puedo ir a casa en bici hoy??

iiiiToma allá!!!! -o toma ya, me da igual porque esto no tiene sentido de ninguna manera... cada día entiendo más a Sylvia (en inglés, porque en alemán, cada día menos) con eso de que, en español, “el mismo verbo tiene muchos significados”, y yo, *R que R con que no...* (también le puedes intentar explicar esto, lo de las erres, a Sylvia o a otro extranjero que conozcas... seguro que os rrreís) ¡Qué bien!, más contenta que unas pitas, me pongo a cargar todos los

apichusques en la bici (que debería venir con la tara puesta, para evitar disgustos), compruebo el timbre y las cestas, los frenos... el de atrás no frena... (bueno, tampoco es tan importante, ¿no?... ¡pregúntame mañana!) la pata de cabra y el pitón (¡madre mía! la granjeña busca esposo-, ¡que se ha pillao una granja!), que solo ya valdrá casi 30 €... El mecanismo de plegado no me queda muy claro pero, como lo del freno de atrás, no me parece relevante (ahora que lo escribo me di cuenta de que le hubiera podido regatear los 10 € por esas dos cosillas... pero sigo pensando que fue una ganga, digan lo que digan), seguro que esto de las bicis plegables es como lo de las tiendas Quechua... doblarse, se doblan, sí, pero sólo unos pocos aventajado saben cómo. Simon me cuenta la teoría y yo, que sigo más emocionada que en mi vida, digo que a todo que sí... Nunca la cerré... (¿qué? ¿y si luego no se abre?)

Cuando ya hemos recogido todo (te recuerdo que nos íbamos a casa), salimos de la playa de arena negra y nos dirigimos hacia allá, hacia *La Rampa de los Artistas*, a decir adiós... (¿o “*Hasta mañana*”?)

Martina se alegra de vernos, y aún más de vernos con bici.

- ¡Me la acabo de comprar! ¿A que mola?
- Mola, mola mucho -agrees Marina (*patina, patina*)- ¡Y con cestas y todo!
- Sí ☺... ¡Por eso me gusta tanto! estoy más contenta...

Y así fue como el día que empecé llorando lo acabé riendo... Riéndome de mí, por *pava*, de mi bici, por *person*, y de la vida, por “*perra con calcetines*”. Y ahora, ya sí que sí, me voy a casa... o eso creo.

Aunque mis notas no lo digan (porque supongo que, en ese momento, esto era sin más, algo cotidiano), de camino a casa, paso a ver a Yerco... y a enseñarle mis tesoros, todos los días lo mismo, porque tengo dos opciones:

1. Pasar por la derecha, por delante de la farmacia, y que vean a una *person*, montada en su bici (más person aún), o,
2. Pasar por el kiosko de los perritos (y de los waffles) a ver a Yerco (o a Pumba, o a Elena... o a César, o a Andrea, o a Cipriano, o a Brian...), preguntarle por su día, y contarle el mío...

Yerco se ríe, no sé si le caigo bien o no (sé que cuando me vuelvo loca no, pero es que en esos momentos incluso a mí me caigo gorda), pero le entretengo cuando no hay ningún *perrófago* cerca y me cuenta cosas de la farmacia, para que yo... la siga liando. Cuando me ve aparecer con la bici, Yerco se ríe aún más de lo normal...

- Pero... ¿qué es eso?
- ¡Mi bici! ☺ ¿A que mola?

- ¡Pero si está toda oxidada!

¡Ea!, ya estamos... esto pasa, tú te compras una cosa súper guay, a precio de ganga, y, cuando llegas a enseñárselo a tus amigos, y a contarles lo buenísimo que eres regateando, y la suerte que tuviste hoy, ellos, celosos (porque sí, sois unos celosos, igual que con lo de la finca), te chafan. Pero yo hoy no me chafo, ya lo intentó Tania, y ahora sigue Yerco... ¡Qué no! que no me da la gana.

Bueno, pues eso era, lo que no me atrevía a decirte por ningún otro medio... porque ninguno tiene tantas páginas... y ya sabes que yo me enrollo mucho. Y ahora que por fin me atreví a soltarlo, ahora que ya me hice canaria y gané algo de paciencia... ahora, por fin, te puedo preguntar lo que yo llevo preguntándome desde ese día:

- Mamá... ¿qué hago?, sabes que al final serás tú la que decida...

¡Ah, sí!, hay algo más, una cosilla que, ahora que me estoy sincerando, me gustaría comentarte –aunque esta sí me hubiera atrevido (supongo) a mandarte un *wassap*, aprovecho-, puede que esto sí que te enfade un poquillo... no por lo que voy a hacer, si no por desde dónde te lo cuento.

Estoy aquí, mamita, aquí al lado, en la península. Llegué ayer, a Madrid, pero hoy vine hasta aquí, hasta Javea, a por mi plan B (del que tengo que tirar más de lo que me gustaría), o C (del que tiro incluso más), y es que, con tantos planes, al final no sé cuál era el A... ¡A, sí! a lo que iba, a lo que vine... el plan A era, como siempre, *tu plan* (te lo dije). Y a eso vine, a hacer el examen que te prometí que haría. Porque, dos días después de la llamada de Tania, llegó el *wassap* de Susana... ¿o fueron dos semanas?... no sé, pero, como lo mío es la prosa y de aquello no tomé notas, lo dejamos ahí, en que *ya tenemos fecha*, y esa fecha es mañana, 13 de marzo de 2016... Así que, ahora que lo sabes todo, ahora que estoy aquí, y que podría no volver, ahora, con todas las cartas sobre la mesa, y viendo el extraño juego que me cayó entre manos, dime...

¿¿¿Cómo lo jugamos???

Porque yo siempre fui “jugadora de chica”... pero, al final, me gané a Mus.

